

EXPLORACIÒN CÓSMICA

CLARK CARRADOS

Exploración cósmica

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/172

CAPÍTULO PRIMERO

A las 0915, por horario de a bordo, en la sala de conferencias, el profesor Arístides Fairchild, disertará sobre el tema «Relaciones de los terrestres con los posibles habitantes de otros planetas. Normas a observar por todos los componentes de la expedición «Lux», en el caso de encontrar seres inteligentes, sea su forma o no la humana. Objeciones. Preguntas y respuestas. Nota: Asistencia obligatoria para todos los tripulantes francos de servicio.

La nota estaba inserta en varios de los tablones de anuncios de la astronave y también fue proyectada repetidas veces por las pantallas de televisión en la noche precedente. Los comentarios, cosa lógica, fueron diversos.

—Bueno —exclamó Petunia Blooming, una atractiva trigueña que desempeñaba a bordo el cargo de tercera auxiliar de comunicaciones —; ahora resulta que no sabemos cómo desempeñarnos con esos monstruos del espacio.

—Eso es, precisamente, lo que el profesor Fairchild quiere enseñarnos —dijo Brian Cazenave, encargado de las granjas hidropónicas de la nave.

—¿Cómo serán esos habitantes? —preguntó Baunec, otro miembro de la dotación.

Petunia hizo un gesto desdeñoso.

—¡Bah! No serán más feos que los marcianos, digo yo.

—¡Pero si no hay marcianos! —exclamó Baunec.

—Por eso mismo lo dice —rió Cazenave.

—¿Creéis que de verdad nos encontraremos con seres inteligentes? —preguntó la muchacha un tanto aprensivamente.

La respuesta se la dio al día siguiente el propio profesor Fairchild:

—Nuestra expedición —comenzó diciendo el profesor a su auditorio, cuya atención distaba mucho de ser unánime—, tiene por objeto el establecimiento de relaciones entre la raza humana y los demás pueblos de la Galaxia. Es evidente que no somos los únicos seres vivos en el universo estelar. Ahora bien, hasta el momento presente la presencia de otros seres con inteligencia, independientemente de su configuración física, es algo que sólo hemos podido sospechar, pero no comprobar.

»Los cohetes exploratorios enviados, teleguiados primero y luego de mando automático, que se enviaron a distintas regiones y zonas remotas de la Galaxia trajeron, a su regreso, noticias de haber detectado planetas de constitución similar al nuestro. Incluso las cámaras automáticas de alguno de estos cohetes fotografiaron zonas en dichos planetas que muy bien podían ser lugares habitados por personas dotadas de inteligencia. Es más —continuó diciendo el profesor—, uno de estos proyectiles trajo a su regreso el «film» completo de la destrucción de otro ingenio similar, en una forma tal, que todo hace sospechar lo fue por la acción de alguna astronave cuyos tripulantes debieron confundirlo con un objeto hostil a su mundo.

»Si esto es así, no nos queda otro remedio que admitir la vida con inteligencia en otros planetas. Naturalmente, el Gobierno de nuestro mundo, una vez regresados los cohetes, declaró de primordial interés la exploración de las zonas de la Galaxia, para lo cual, como ustedes saben, se alistaron varias expediciones que viajarían al grupo de estrellas más cercanas a la Tierra. Las expediciones son nueve, y a nosotros nos correspondió explorar el o los sistemas de Capella, de la constelación del Cochero, situada a cuarenta y seis años luz de la Tierra. En estos momentos nos hallamos en las inmediaciones de dicha estrella, una posición muy relativa, puesto que todavía nos falta un año luz para llegar a ella, distancia que nuestra nave puede recorrer,

gracias a sus poderosos medios de propulsión, en un lapso de tiempo ciertamente breve.

»Los cohetes exploratorios que recorrieron los sistemas de Capella hallaron que, cuando menos, una docena de planetas reunía un mínimo de condiciones para la vida humana, tal como la concebimos en nuestra raza. De dichos planetas, cinco son especialmente aptos para la colonización, porque poseen un volumen y una constitución geológica y atmosférica tan parecidas a la de nuestro planeta que casi, según los informes, podría decirse son un duplicado de la Tierra. Es aquí, pues, donde debemos…

El profesor se interrumpió. Los oyentes, en número de unos setenta u ochenta aproximadamente, se miraron con aprensión.

Una música extraña, que parecía provenir de todas partes y de ninguna a la vez, flotaba en el ambiente con suaves ondulaciones tonales, de diferentes grados, que subiendo y bajando rápidamente la escala, componían una sinfonía como ninguno de ellos había escuchado jamás.

Fairchild intentó proseguir, pero no pudo. El tono general de aquella extraña música aumentó.

La aprensión general de los miembros de la astronave estaba justificada. No era la primera vez que escuchaban aquella música. Un par de meses antes, tiempo terrestre, la habían oído por primera vez.

Petunia, como oficial de comunicaciones, sabía el duro trabajo a que habían sido sometidos todos los miembros de su equipo, para hallar la fuente de aquellas emisiones sonoras, sin que sus esfuerzos hubieran dado el menor resultado. Durante aquellos dos meses los sonidos habían vuelto a oírse un par de veces más, pero, últimamente, habían cesado hacía más de tres semanas, sin que se hubiesen repetido hasta el momento actual.

Sin embargo, en esta ocasión existía una diferencia muy acusada con respecto a las otras: el volumen, que ahora era mucho más fuerte, como si realmente se hallase dentro de la sala de conferencias una orquesta sinfónica cuyos miembros tocasen instrumentos desconocidos por completo para el hombre terrestre.

Pero, en aquellas notas musicales, que abarcaban todos los grados de la escala e incluso algunos que parecían no haberse oído nunca, había algo que intrigaba sobremanera a todos cuantos estaban escuchando: la dulzura, la suavidad y el efecto sedante que se desprendía de

aquella catarata de notas que cualquiera hubiese jurado estar derramada por manos de ángeles.

De repente, la música cesó. El auditorio salió del éxtasis en que había caído y todos sus componentes se miraron unos a otros, en silencio, pidiéndose mutuamente con la vista una explicación que ninguno de ellos estaba en condiciones de dar.

La silenciosa quietud de la sala de conferencias fue rota bruscamente por el estridente ladrido de los megáfonos.

—¡Segundo oficial Coblentz! ¡Señorita Blooming! ¡Diríjanse inmediatamente al puente de mando! ¡Profesor Fairchild, por orden superior, su conferencia queda cancelada hasta nuevo aviso! Todos los demás miembros de la dotación ocuparán sus puestos de inmediato, preparándose para la acción de emergencia B.

La reunión se disolvió como por ensalmo. Preguntándose unos a otros lo que podía ocurrir, se dirigieron a los lugares que tenían marcados de antemano según su especialidad respectiva.

Petunia Blooming se disponía a salir cuando encontró a corta distancia del suyo, un rostro conocido, el del segundo oficial Jock Coblentz.

Coblentz era un joven de unos treinta años, alto, de aspecto decidido e inteligente, que había ganado su puesto en reñida competencia con los mejores oficiales de astrogación. Todo el mundo le predecía un brillante porvenir y, como iban las cosas, si la expedición «Lux» resultaba un éxito tal como se esperaba, a la vuelta era seguro que tanto él como el primer oficial Martin y el tercero Almeida tendrían el mando de una de las astronaves interestelares que, con toda seguridad, realizarían el tráfico entre la Tierra y los nuevos planetas que se descubriesen.

Petunia, por su parte, era una muchacha de unos veinticinco años, también de buena estatura, cuya inteligencia y habilidad, más que su belleza, con ser ésta notable, la habían hecho obtener el puesto que actualmente desempeñaba en el sector de comunicaciones de la nave.

Petunia y Jock se habían sentido atraídos mutuamente desde un principio, y aunque había a bordo otras mujeres, muchas de las cuales incluso eran tan hermosas o más que la propia Petunia, todo el mundo había dicho desde un principio que la muchacha y Jock acabarían casándose. Pero hasta el momento la cosa no había pasado de unas simples conversaciones entre buenos amigos.

—¿Qué crees tú —preguntó ella—, que puede ocurrir, Jock?

Jock frunció el ceño.

—Lo ignoro —repuso—; en todo caso, dentro de unos minutos lo sabremos.

Profundamente preocupados, los dos jóvenes se dirigieron hacia el puente de mando, situado justamente en el centro de la nave.

El lugar desde el cual se dirigía la colosal astronave no estaba situado en su proa ni en ninguno de sus costados, como en las naves convencionales que eran dedicadas únicamente al tráfico interplanetario. En aquella cámara había espacio sobrado para que todos pudieran manejarse con suma comodidad, tan distinta a la de las primitivas astronaves en las cuales el piloto y sus ocupantes se encajaban con más estrecheces que en su propio ataúd. No se veían en ella el maremágnum de instrumentos y aparatos que era normal ver en una astronave corriente: para manejar los mismos, al capitán o al oficial de guardia le era suficiente con pulsar el o los botones necesarios, para tener al instante, en la esfera o la pantalla correspondiente, la respuesta a las preguntas formuladas. La visión del exterior se hacía también por control remoto, pudiendo obtenerse en cualquier momento y en una de las varias pantallas televisoras instaladas, cada una de las cuales medía casi dos metros de lado, una vista completa de cualquier rincón o zona del espacio que interesase investigar.

Cuando Jock y Petunia penetraron en la cámara, había en ella ya varias personas: el capitán Banner, el tercer oficial Almeida, el doctor Sphinx, jefe técnico de la expedición, el teniente Ritter, encargado de las comunicaciones, al alimón con la muchacha, y dos o tres técnicos más, incluido el jefe de máquinas, ingeniero Stevill.

Todas aquellas personas estaban frente a una de las pantallas gigantes, observando las imágenes que se reflejaban en ella. Cuando Jock y Petunia se acercaron, prorrumpieron en un unánime grito de asombro.

Verdaderamente, tenían motivos para ello. En lugar del espacio punteado por millones de chispas luminosas, lo que se veía era una serie ininterrumpida de figuras geométricas de todas clases, desde el triángulo al círculo, aisladas unas veces, mezcladas otras entre sí, componiendo una teoría inextricable de fogonazos de luz que no dañaban, sin embargo, las pupilas.

Pero lo más notable de todo ello, era que aquellas figuras geométricas,

aparte de ocupar por completo el espacio disponible de la pantalla tapando la visión del cielo, eran de todos los colores, vivos, brillantes, de unas tonalidades magníficas y chispeantes. Nacían y se desarrollaban con gran rapidez, pero con la suficiente lentitud, sin embargo para que pudieran ser observadas con toda claridad, de modo que no hubiera el menor género de duda acerca de lo que se veía.

El capitán Banner, un hombre que había rebasado los cuarenta años ampliamente, persona de gran experiencia en las lides astronáuticas, estaba por completo desconcertado. Al ver entrar en la cámara a Jock y a Petunia, exclamó:

—Vengan acá. Acérquense y díganme qué es lo que suponen pueda ser esto.

Durante unos momentos, los dos jóvenes permanecieron observando con gran atención las figuras que surgían en la pantalla.

Después del brillante estallido de un exágono rojo y azul, de particular luminosidad, Petunia dijo:

—¿No estarán relacionadas con la música que hemos oído hace unos instantes?

El capitán soltó una exclamación:

—¡Diablos! Esto es algo que no se nos había ocurrido hasta ahora. Ritter —se dirigió al otro oficial de comunicaciones—, ¿cuál es su opinión?

El interpelado se frotó la mandíbula con un gesto lleno de cautela.

—Verá, señor, yo...

—Estas señales son silenciosas, capitán —dijo Jock.

—Pueden ser la traducción visual de la música —adujo Petunia.

—Como hipótesis —murmuró el doctor Sphinx—, no está mal. Según tengo entendido, capitán, estas imágenes comenzaron a aparecer segundos antes de que se extinguiera la música, ¿no es así?

Banner asintió. Las señales continuaban produciéndose.

—De todas formas —dijo—, no entiendo por qué han de ocultarnos la vista del cielo. Fíjense que se desarrollan en un telón completamente

negro y que, cuando entre figura y figura hay un pequeño intervalo, no se ven las estrellas, como indudablemente debería suceder.

—Si me lo permite —terció Ritter—, desarmaremos todo el sistema de esta pantalla, capitán. Es posible que tales imágenes sean debidas a la proximidad de alguna fuente de radiaciones desconocidas, provenientes de alguna estrella no lejana del lugar en que nos hallamos.

Petunia meneó la cabeza.

—¿Han probado a manejar las otras pantallas? —inquirió.

—Funcionan con toda normalidad —contestó Ritter.

—Entonces… —empezó a decir la muchacha, pero antes de que pudiera seguir hablando, una voz muy excitada la interrumpió.

—¡Capitán Banner!

El aludido manejó inmediatamente el control de comunicaciones.

—Capitán Banner al habla —dijo—. ¿Qué ocurre?

—Puesto 3N en observación, señor. Acabamos de efectuar un contacto por radar.

Fuera de la cámara, la nave tenía seis puestos de observación visual y por instrumentos, situados en su periferia y equidistantes entre sí, de tal modo que, unidos sus vértices, formaban un octaedro perfecto. El puesto 3N correspondía al situado en la proa, según la dirección de marcha de la nave.

El capitán Banner tomó inmediatamente el mando de la situación.

—A todos los ocupantes de la nave: situación de emergencia 2A. Permanezcan en alerta continua y no se muevan de sus puestos. 3N, deme la posición del objeto detectado.

—Tres-cinco-cero-uno, señor.

—Gracias, 3N. Manténgase a la escucha. ¡Ritter!

—¿Señor?

—Maneje el radar. Señorita Blooming, pantalla número dos en funcionamiento.

—Sí, señor.

Inmediatamente se iluminó la pantalla central del radar, en la cual se veía el rastro giratorio de la antena que, en el exterior, daba vueltas constantemente. En el rumbo señalado por el puesto de observación, se veía una chispita luminosa, en apariencia inmóvil.

—Capitán —dijo la muchacha.

Banner se volvió hacia donde estaba Petunia, acompañada de Jock. La muchacha le indicó la pantalla visora, en la cual se advertía la brillantez de un punto que en modo alguno podía ser confundido con las estrellas que le rodeaban. El capitán y su segundo oficial se miraron.

—¿Habrá astronaves por aquí?

—Pudiera tratarse —observó el joven— de alguno de los cohetes exploratorios que se enviaron con anterioridad a nuestras expediciones.

El capitán Banner hizo una mueca.

—No lo creo. A ver, señorita Blooming, maneje el mando telescópico al máximo.

La muchacha asintió, haciendo lo que le decían. Las estrellas empezaron a desfilar por los costados de la pantalla, dando la sensación de que la nave aumentaba terriblemente su velocidad. Pero no era más que un simple efecto de óptica; en realidad, la marcha de la nave no había aumentado siquiera un metro.

El objeto detectado estaba en el centro de la pantalla. A medida que el mando de aproximación telescópica iba surtiendo efectos, parecía ir aclarándose sus detalles.

Bien pronto estuvieron en situación de estudiar la forma de la nave detectada.

En principio, parecía un bastidor cuadrado, de lados iguales, cilíndricos, como tubos colosales de varios metros de grosor, los cuales estaban unidos por los vértices de los ángulos a una esfera situada en el centro de aquel bastidor, y de la cual sobresalían algunas delgadas protuberancias, de una docena de metros de longitud, que Petunia sospechó muy bien pudieran ser las antenas del sistema de comunicaciones de aquella astronave.

Muy pronto se hallaron ambas naves a distancia visual. Entonces fue cuando Petunia soltó una exclamación, y no fue la única en hacerlo.

La extraña astronave se aproximaba hacia ellos con uno de sus vértices a modo de proa. Súbitamente, un tubo nació en dicho vértice y fue estirándose en el vacío hasta adquirir una longitud de unos veinticinco o treinta metros.

—¿Qué diablos…? —empezó a mascullar Banner, el cual, por si acaso, había alertado a la patrulla protectora de la nave.

—¡Ya sé lo que es, capitán! —exclamó Jock, muy excitado—. ¡Es un tubo de comunicación! ¡Los ocupantes de esa nave quieren entablar relaciones con nosotros! Fíjese en que cuando estemos costado con costado, la boca de ese tubo, que no mide más de dos metros de diámetro, irá a parar a la esclusa dos.

Banner asintió pensativamente. Indudablemente, iban a entrar en relación con seres inteligentes de otros planetas. El capitán conocía perfectamente todos los tipos de astronave y sabía positivamente que aquella que tenía a la vista no había sido fabricada en la Tierra. Y siendo misión primordial del viaje el establecimiento de relaciones con dichos seres…

Inesperadamente, un nuevo factor entró en escena. Petunia se agarró con fuerza del brazo del oficial.

—¡Jock, la música otra vez!

Todo el mundo levantó instintivamente la vista a lo alto, como si esperara ver desprenderse del techo de la cabina la fuente emisora de aquellas singulares armonías. Y así fue, en efecto, porque unos segundos más tarde, con un vibrante estallido de notas de esplendorosa armonía, la cosa que las producía apareció en la cámara.

CAPÍTULO II

Abrió Jock la boca. Petunia hizo lo mismo. Y el capitán Banner y todos cuantos allí se encontraban quedaron en idéntica situación, en tanto una arrolladora catarata de notas se derramaba sobre la cámara

y el resto de la astronave.

El interés por la nave que se les aproximaba lentamente quedó relegado a segundo término, ante el que despertaba en los ánimos de los terrestres el examen de aquella cosa que había surgido de modo tan inesperado en el centro de la cámara.

Era una doble pirámide de tres lados cada una, un hexaedro, lo que había aparecido ante la estupefacta vista de los ocupantes de la «Lux», quedando situado aquel cuerpo geométrico, de una perfección sin igual, suspendido a un metro del suelo de la nave, sin nada, al parecer, que lo sujetara al techo ni a ningún otro punto de la cámara.

Sus dimensiones venían a ser un metro y medio de altura por unos setenta y cinco centímetros de grueso y era -o al menos lo parecía- de vidrio. Refulgía esplendorosamente a la luz de las lámparas, brillando con singulares resplandores irisados, de todos los tonos del espectro cromático, pero sin que los destellos que despedía llegasen a molestar siquiera las pupilas de los humanos. El brillo era mucho más acentuado en las aristas y su transparencia era absoluta, aunque, paradójicamente, no dejase ver nada de lo que se ocultaba al otro lado.

La cosa permaneció inmóvil durante unos momentos. Después, estremeciéndose ligerísimamente, ascendió cosa de veinte o treinta centímetros en el aire y, de pronto, con un gran tañido, de una pureza musical sin par, se dividió en dos.

Petunia lanzó una exclamación, cogiéndose fuertemente al brazo del segundo oficial.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué es eso, Jock?

Ahora había dos figuras geométricas, dos hexaedros idénticos, absolutamente iguales y los dos, al parecer, fuente de aquella armonía musical que continuaba sonando, con distintos altibajos tonales, en la cámara.

Ritter, el oficial de comunicaciones, trató de acercarse a uno de los hexaedros.

Jock lanzó un grito.

—¡Quieto! ¡No lo toque, Ritter!

El aludido se detuvo, a medio metro de una de aquellas cosas. La

música aumentó de volumen y luego descendió hasta quedar en un murmullo apenas perceptible.

Banner carraspeó.

—¡Hum! Bien, señores... es evidente que no podemos permanecer así indefinidamente. Tenemos que averiguar algo sobre estos extraños objetos que han aparecido aquí como surgidos del cielo y...

—Con su permiso, señor —sugirió el joven—; creo que sería conveniente llamar al profesor Loder, geólogo de la expedición. Él es la persona más indicada para...

—¡Miren! —exclamó de pronto Petunia, señalando hacia determinado punto.

Todos volvieron la vista hacia el lugar que indicaba la muchacha.

—¡Las señales han desaparecido!

Petunia tenía razón. La pantalla sobre la cual se habían estado viendo aquellas raras figuras geométricas había adquirido nuevamente su aspecto normal, y a través de ella podía verse con toda claridad el aspecto del cielo, constelado de estrellas.

—¡Si esto sigue así —bramó el capitán—, creo que voy a volverme loco! ¡Coblentz!

—Diga, señor —respondió el joven, avanzando un paso.

—Póngase en contacto con el puesto 3N y pídales más informes acerca de la situación de la otra nave. ¡Pronto!

—Sí, señor —contestó Jock, dirigiéndose hacia el micrófono.

En aquel momento sucedió algo extraño.

Para llegar al intercomunicador, Jock tenía que pasar por el lado de uno de aquellos brillantes hexaedros que continuaban refulgiendo, inmóviles, suspendidos en el espacio. Su mano derecha, inadvertidamente, tocó una de las aristas.

Al sentir el contacto con lo que aparentemente era vidrio, el corazón del joven palpitó con violencia. Petunia también lo vio y no pudo contener un grito.

—¡Jock! ¡Cuidado!

Pero no ocurrió nada, excepto que la superficie de ambos objetos se cubrió de una especie de ondulaciones irisadas, apenas perceptibles, en tanto que por la habitación se derramaban unas cuantas notas musicales, de una pureza y armonía maravillosas.

Jock se detuvo, llevándose una mano a la frente, momentáneamente turbado.

—¡Coblentz! ¿Le ocurre algo? —preguntó el doctor Sphinx, alarmadísimo, corriendo hacia él.

El joven sacudió la cabeza.

—Es extraño —murmuró—. Me ha parecido sentir una voz en el interior de mi cerebro, como si alguien me estuviese hablando en un idioma ininteligible…

—¿Telepatía? —inquirió Sphinx.

Jock asintió, en medio del interés general.

—Sí… pero no he podido entender lo que me decían.

El doctor arrojó una mirada sobre los dos hexaedros que continuaban todavía en el mismo sitio, suspendidos en el aire a una distancia de metro y medio del suelo.

—Usted los ha tocado —dijo— y no le ocurrió nada. Voy a ver yo…

Banner lanzó un aullido.

—¡Cuidado, doctor! ¡No se arriesgue!

Sphinx sacudió la cabeza.

—No tema, capitán, no me sucederá nada.

Y uniendo la acción a la palabra, avanzó hacia el objeto más próximo, en medio de la concentrada atención de todos los presentes.

Detuvo sus pasos a medio metro de distancia del hexaedro. Luego, con repentina decisión, alargó la mano y la apoyó en una de las aristas.

—¿Lo ven? —exclamó sonriente, continuando en la misma posición, al mismo tiempo que volvía la cabeza hacia la atentísima concurrencia —. No me ocurre nada, absolutamente…

—¡Fíjese, doctor! —exclamó Jock.

La cosa pareció iluminarse interiormente, aumentando su brillo. Hacía ya rato que la emisión musical sonaba muy apagada, apenas audible, pero ahora aumentó su volumen.

—Es curioso —dijo el doctor—; también a mí me ocurre lo mismo que al joven Coblentz. Parece como si alguien me estuviese hablando por telepatía... aunque —añadió sonriendo— nunca había experimentado esta sensación.

—Se me ocurre una idea, doctor —exclamó el joven—. Quite la mano.

Sphinx obedeció. Su rostro se iluminó.

—¡Caramba! Ahora han cesado de hablarme —exclamó.

Jock puso la mano sobre el hexaedro. La música, que había cesado casi totalmente, volvió a sonar nuevamente, con dulces trémolos.

—Alguien —murmuró el joven pensativamente—, me está hablando. Quisiera entender lo que me dicen... pero no puedo, por más que trato de conseguirlo.

Con pasos mesurados, casi temerosos, Petunia se acercó a Jock.

—¿No serán estas cosas... —apuntó tímidamente—... algunos de los seres inteligentes con los cuales tenemos que entrar en relación?

—¡Tonterías! —bufó el capitán—. Lo que yo digo es... —y se interrumpió, porque en aquel momento, dos o tres imperiosos tañidos acababan de sonar en la cámara, con metálicas estridencias.

Banner abrió los ojos. Sphinx, entonces, alargó el brazo, deteniéndolo.

—¡Un momento, capitán! —exclamó—. Se me ocurre que quizá la señorita Blooming tenga razón.

—¿Cómo demonios va a ser eso un ser inteligente... si no es mas que un pedazo de vidrio? —resopló furioso el capitán.

Nuevamente, los tañidos volvieron a escucharse, en un tono más estridente que antes todavía, si ello era posible.

Banner calló, amedrentado. Una vez hubiera cabido la duda, pero dos... Lo cierto era que en las dos ocasiones que había hablado desdeñosamente de aquellos objetos que continuaban suspendidos, se

habían escuchado aquellos imperiosos campanazos.

—No sabemos la forma que pueden adoptar los seres inteligentes en la Galaxia. ¿Por qué todos han de ser como nosotros? —dijo el doctor.

Ahora la música sonó suavemente, con dulces ondulaciones llenas de armonías, como si, por medio de la combinación de las notas de la escala, los hexaedros asintiesen a las palabras del doctor. Éste prosiguió:

—Es evidente que tienen una forma de expresarse, que no es la nuestra, por supuesto. También cabría que estas figuras geométricas que aquí vemos fueran, simplemente, el medio transmisor que los seres que las construyeron emplean para comunicarse con otros seres. Sea como fuese —concluyó—, es evidente que, por lo que hemos podido averiguar, tienen también sentimientos parecidos a los humanos, cuando menos de simpatía y antipatía.

—A mí me importa muy poco serle antipático a estos trastos —gruñó Banner, obteniendo como respuesta otra serie de metálicos tañidos.

—Capitán —dijo el doctor—, le ruego moderación. No olvide que nuestra misión primordial es establecer relaciones, lo más amistosas posibles, con todos los habitantes del sistema de Capella que hallemos en nuestra expedición. No todos han de tener, forzosamente, nuestra figura. Por lo tanto...

Dominando las suaves melodías que, como fondo de acompañamiento a las palabras del doctor, brotaban de los hexaedros, una voz gangueó a través del altoparlante.

—¡Capitán Banner! ¡Habla el encargado de la esclusa dos Este! ¡La nave desconocida se dispone a abarloar al costado de la nuestra! ¡Solicito instrucciones con urgencia!

Jock se tiró sobre el micrófono, momentáneamente olvidado de aquellos dos colosales trozos de vidrio.

—¡Esclusa dos Este! ¡Proyecte imágenes a la cámara de mando!

Inmediatamente se iluminó la pantalla visora que el joven tenía ante sí. La imagen de un tubo cilíndrico que iba acercándose a la esclusa apareció ante sus ojos.

—Capitán —dijo Jock—, parece ser que los ocupantes de esa nave tratan de pasar a la nuestra.

—Muy bien —dijo Banner, recobrando su perdida ecuanimidad—; haga que todo el mundo pase a la situación de alerta inmediata. Un pelotón de patrulla que se sitúe frente a la esclusa. Dígale al encargado que la abra.

La nueva situación hizo que todos los circunstantes se olvidaran momentáneamente de las figuras geométricas que continuaban en el mismo sitio. Conectando otra pantalla, Jock puso a la vista la parte interna de la esclusa, de modo que, desde el lugar en que se hallaban, podían divisar perfectamente tanto el interior como el exterior de la nave.

Durante unos cinco minutos, que a todos se les hicieron intensamente largos, no ocurrió nada. Al fin, la compuerta interior de la esclusa se deslizó a un lado.

Los hombres que componían la patrulla de vigilancia apretaron nerviosamente sus armas. La nave tenía numerosas pantallas, a través de las cuales, todos sus miembros podían observar perfectamente la escena que se estaba desarrollando.

Tres seres surgieron de la esclusa, avanzando con tímidos pasos por entre medio de la doble fila de hombres armados. La emoción de los tripulantes de la «Lux» llegó al máximo: descontando los dos rarísimos hexaedros, cuya presencia a bordo no conseguían explicarse, aquellos eran los primeros seres no nacidos en la Tierra que se ofrecían ante sus ojos.

A primera vista no ofrecían diferencia alguna con los humanos. Más o menos, eran de su misma estatura y corpulencia, excepto, quizá, que tenían la tez extrañamente pálida, muy blanca, y sus pupilas eran muy claras. Pero su conformación anatómica era completamente humana e incluso los ropajes que vestían podía decirse habían sido fabricados en cualquiera de las ciudades terrestres.

Uno de ellos era una mujer, de maravillosa hermosura. Muy rubia, con los cabellos brillantes como hebras de oro pálido, poseía unas líneas estatuarias que hubieran hecho las delicias del jurado de un concurso de belleza. Vestía una blusa de manga corta, muy ajustada a su espléndido busto, y una falda corta, sujeta al delgado talle por un ancho cinturón de algo que parecía un brillante metal oscuro, calzándose con unas sencillas sandalias sin tacón, de suela lisa. Sus ojos, muy claros, glaucos, miraban con suma curiosidad en torno a ella, escrutando inquisitivamente cuantos objetos y personas la rodeaban.

Los otros dos eran hombres. Jóvenes, pero de algunos más años que ella, y vestían de modo similar, excepto, naturalmente, los pantalones, que eran cortos, a media pierna. También llevaban unos cinturones idénticos y su calzado era el mismo. No llevaban armas, y uno de ellos tenía el brazo sujeto por una especie de cabestrillo, como si se hubiera lesionado en fecha reciente.

Banner, saliendo de su estupefacción, tomó el micrófono de manos del asombrado Jock, impartiendo una orden.

—¡Teniente Schuyller, acompañe a los visitantes a la cámara de mando!

Un hombre se destacó, enfrentándose con el trío. La mujer escuchó atentamente lo que le decían y luego asintió.

El teniente se echó a un lado, comenzando a andar. Precedía a los recién llegados en dos o tres pasos, guiándoles a través de la nave.

Pronto estuvieron todos en la cámara. Entonces fue cuando Jock se dio cuenta del insólito aumento de vibraciones musicales en el ambiente.

La cosa empezó a preocuparle. Sin embargo, por el momento, su atención estaba atraída por la contemplación de aquellos seres, los primeros extraterrestres que contemplaban sus ojos.

Vista al natural, la mujer le pareció más hermosa que a través de la pantalla. Era alta y esbelta y sus proporciones anatómicas alcanzaban la perfección pura.

Pero apenas habían penetrado los desconocidos en la nave, cuando uno de ellos, precisamente el del brazo en cabestrillo, lanzó un agudo grito.

Su mano sana se tendió hacia los hexaedros, señalándolos con indudable expresión de terror. El rostro de la joven, así como el del otro hombre, se demudó visiblemente.

Los tres desconocidos intercambiaron entre sí una serie de rápidas frases, pronunciadas en un idioma por completo ininteligible para los terrestres.

Jock se dio cuenta del miedo que embargaba a los recién llegados. Tratando de tranquilizarlos, avanzó hacia ellos, con las palmas de las manos extendidas en señal de paz.

—No teman —dijo—, no les harán daño alguno. Son inofensivos.

La mujer cambió una rápida mirada con Jock. Dijo algo que el joven no pudo entender y luego volvió a señalar hacia los hexaedros, siempre atemorizada.

—Por favor —repitió Jock—, no teman. N-o m-a-l-o-s, b-u-e-n-o-s —deletreó, con el fin de hacerse entender por los desconocidos, al mismo tiempo que señalaba hacia los enormes trozos de vidrio que continuaban inmóviles.

Pero ella insistió. Durante unos segundos, habló algo, hasta que, al fin, dándose cuenta de que no era comprendida, ideó una argucia para hacer inteligibles sus palabras.

Se volvió y tomó por el hombro a uno de sus acompañantes, precisamente el herido, al mismo tiempo que le señalaba el miembro lesionado. Jock abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Es que… estas cosas han sido las que le han herido?

En medio de la expectación general, ella asintió, tornando a señalar nuevamente el brazo del herido. Luego, con gesto frenético, se retorció las manos, como si estuviese desesperada por no poder hacer que sus palabras fuesen entendidas.

—Tendremos que idear unos cursos abreviados de idiomas para entendernos con estos tipos —masculló Banner, provocando con ello una serie de tres o cuatro irritados campanazos, provenientes de los hexaedros.

—Por favor, capitán —dijo el joven—; déjeme llevar a mí las cosas. Lo primero que tendríamos que hacer es llamar al médico de a bordo, para que reconociera a este muchacho. Después… —miró sonriendo a la joven y ésta le correspondió de la misma forma.

Petunia frunció el ceño. Aquello empezaba a no gustarle.

—¡Tú, donjuán de pacotilla, déjala o…!

La muchacha fue interrumpida por otros tres o cuatro tañidos. Jock la miró, muy divertido, al parecer.

—Aquí —dijo—, están prohibidas las palabras malsonantes, Petunia. Enseguida suena la campana.

La desconocida asintió. De pronto, sus ojos brillaron con una luz hasta entonces no vista y, tomando por el brazo a Jock, decididamente, se lo llevó consigo.

El joven accedió, sumamente intrigado por la actitud de la desconocida joven. Ésta le señaló el hexaedro más próximo.

—¿Qué es lo que quieres que haga, bonita? —le preguntó.

Ella señaló primero su boca y luego la del joven, moviendo a continuación los labios con gran rapidez. Después, apoyó su mano en el objeto, provocando su gesto un estallido de vibraciones luminosas y sonoras.

La joven hizo señas a Jock de que le imitara. Éste, muy intrigado, apoyó su mano en el vidrio. Entonces lanzó un grito.

—¡Ya lo comprendo! —exclamó a voz en cuello—. Éste es el modo de entendernos con…

Jock se interrumpió de repente, al mismo tiempo que separaba su mano del vidrio, como si le hubiera picado un áspid. Simultáneamente con su gesto, un agudo chillido acababa de escucharse en la cámara.

Después, un alarido de muerte hendió el aire, sobresaltando terriblemente a todos los presentes.

Cuando el alarido se hubo extinguido, los ojos de todos cuantos allí se encontraban, se volvieron con gesto unánime hacia su autor.

Éste no era otro que el herido, que se revolcaba en el suelo, aferrándose con la mano a una larga astilla de vidrio, muy delgada, que sobresalía de su pecho más de cincuenta centímetros, en tanto que la otra punta asomaba, con rojos destellos, por su espalda.

CAPÍTULO III

A todos los presentes les sacudió una oleada de horror al ver al desgraciado revolcarse en el suelo, herido de muerte por aquella varilla de vidrio, afilada como un puñal, que le traspasaba de parte a parte.

Sobreponiéndose al espanto, Jock se abalanzó sobre el caído, con ánimo de socorrerle, pero antes de que pudiera tocarle, el infeliz se estremeció, inmovilizándose definitivamente.

—¡Gran Dios! —exclamó con voz tonante el capitán Banner—. ¡Ha muerto!

Jock asintió.

Arrodillado junto al cadáver, Jock miró inquisitivamente a la hermosa desconocida. El rostro de la joven expresaba bien a las claras los sentimientos que la embargaban, entre los cuales el espanto no era el menor de ellos.

Súbitamente, y antes de que nadie pudiera darse cuenta de lo sucedido, una aguda vibración sonó en la cámara. Y con ella, la astilla de vidrio desapareció del cuerpo del muerto tan súbitamente como había aparecido para traspasarle de parte a parte.

Jock se levantó de un salto, apartándose con presurosa aprensión del cadáver. Un denso silencio, lleno de consternación, se había desplomado sobre el lugar. Incluso las notas musicales producidas por los hexaedros habían cesado.

Por unos momentos, todo el mundo permaneció atónito en aquel lugar, sin saber qué hacer. Pero, de pronto, Jock, reaccionando, recordó algo y de un salto se plantó junto a la joven.

Ella intentó resistirse cuando Jock la tomó por el brazo, pero aunque era fuerte, no pudo resistirse a la presión que sobre ella ejercía el oficial. A pesar de todas sus protestas, hechas en un lenguaje por completo incomprensible para el joven, Jock consiguió arrastrarla hasta uno de los hexaedros, poniendo su mano sobre el vidrio.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde procedéis? —inquirió Jock.

—Mi nombre es Keddya —contestó ella.

Jock la veía mover los labios y oía su voz pronunciando palabras cuyos sonidos no podía entender, pero que, mediante el contacto de las manos, le eran traducidos a través de aquel vidrio de tan singulares propiedades.

Ella continuó:

—Hemos nacido en Ur-Thon, séptimo planeta de la estrella que se ve

desde aquí…

—Capella, la llamamos nosotros —dijo el joven.

Ella asintió.

—Nosotros, los de Ur-Thon, le damos otro nombre, pero para mayor facilidad, la llamaré igual que tú. Bien —siguió Keddya—; el caso es que, durante el viaje fuimos atacados por los habitantes del tercer planeta, Ur-Qon, los cuales, desde tiempo inmemorial, son enemigos nuestros. Tuvimos algunos muertos y heridos, pero conseguimos rechazar el ataque. Al avistar vuestra nave, pensamos que podríais socorrernos acaso, ignorando que no pertenecéis a nuestro sistema. Entonces fue cuando trasbordamos y… los de Ur-Qon mataron a nuestro compañero Zalos.

Una chispa de comprensión estalló súbitamente dentro del cerebro del joven. Su mano se tendió horizontalmente, señalando hacia los hexaedros. Preguntó:

—¿Son ésos los habitantes de Ur-Qon?

Ella asintió.

—¿Cómo es posible que tengan inteligencia? —continuó Jock.

—Porque son seres dotados de ella, aunque su forma sea la de un mineral. Pero poseen una ciencia vastísima, ante la cual nuestros cerebros son comparables únicamente a la del más inferior de los animales.

Todo el mundo escuchaba atentamente la conversación entre Keddya y el oficial, entendiendo, lógicamente, las palabras que éste pronunciaba. El capitán Banner, impaciente, soltó un bufido.

—¡Coblentz, por el amor de Dios! ¿Quiere explicarnos…?

Una vez más fue interrumpido por aquellos enérgicos timbrazos. Banner saltó a un lado, en tanto que alguien soltaba una risita muy poco adecuada a las circunstancias.

Jock se volvió hacia él, muy circunspecto.

—Por las razones que sea, capitán, y que ahora no comprendemos, les es usted particularmente antipático a esos hexaedros. Le ruego se comporte con más moderación, para bien suyo y de todos nosotros.

Banner miró boquiabierto al joven.

—¿Quiere decirme que… que esos pedruscos pueden sentir… como si fueran personas?

—Ya lo ha podido ver —exclamó Jock, señalando hacia el cadáver del individuo de Ur-Thon, que aún continuaba tendido en el suelo.

Banner resopló una vez más.

—¡Eso es una locura! ¡Es imposible que esos ladrillos de cristal sean unas personas…!

Una estridente serie de tañidos ahogó las palabras del capitán, ensordeciendo a todos los circunstantes. Petunia se vio obligada a taparse los oídos con las manos, al igual que la mayoría de cuantos allí se encontraban.

El estridente repiqueteo cesó cuando Banner hubo agotado su variado repertorio de imprecaciones, pues el capitán, exaltado, no quería dar su brazo a torcer. Al fin, jadeante, sin aliento, se retiró a un lado, contemplando con expresión de odio a aquellos extraños seres de forma cristaloide.

Sin embargo, mientras se escuchaba el ruido de los timbres, las manos de Jock y Keddya habían estado apoyadas sobre el vidrio, sin que ninguno de los dos percibiese la menor vibración. Ello les resultaba absolutamente incomprensible, pues cuando el joven le pidió una aclaración, Keddya contestó que no podía dársela.

—Los de Ur-Qon han sido así siempre —dijo.

Jock meneó la cabeza.

—Realmente, es algo fantástico. Pero ¿quieres decirme por qué mataron a Zalos?

El rostro de Keddya se nubló. Una lágrima apareció en sus ojos y, de pronto, sin motivo aparente que lo justificara, quitó su mano del cristal y echó a correr hacia su compañero, que, apesadumbrado, permanecía en pie al lado del cadáver.

Keddya le habló apresuradamente. El otro asintió e, inclinándose, tomó en brazos el cuerpo yaciente de su compañero. Los dos iniciaron el acto de retirarse de la cámara.

Al verlo, Jock corrió hacia ellos, situándose ante la joven.

—Keddya, por favor, no te vayas. Tenemos aún mucho que hablar…

Ella denegó con la cabeza.

Jock insistió de nuevo.

—Por lo que más quieras… Antes habéis dicho que necesitabais médicos y medicinas… Nosotros estamos en situación de proporcionároslas…

Keddya habló algo que el joven no pudo entender, pero que, no obstante, resultaba fácilmente comprensible.

El doctor Sphinx intervino entonces.

—Coblentz —dijo—, déjela que se vaya. Ya sabe cuál es nuestra misión primordial y específica; por lo tanto, no podemos obligarles a que se queden aquí por la fuerza. No faltarán motivos para entrar de nuevo en relación con ellos. Vamos hacia su sistema, por lo que pronto podremos entablar conocimiento con personas de su misma raza. Apártese, Coblentz.

El joven obedeció. Keddya le agradeció el gesto con una larga sonrisa, impregnada de profunda tristeza y, después de hacerle una leve inclinación de cabeza, salió de la cámara, seguida por su compañero, el cual se llevaba consigo el cadáver del caído.

A través de los televisores pudieron observar la marcha de la pequeña comitiva. Después, la pantalla conectada con el exterior les mostró la desconexión del tubo que enlazaba con la esclusa y el repliegue de éste en la nave. Por ultimo, el aparato de Ur-Thon, sin la menor señal de llamas que indicasen la existencia de chorros de escape ni ningún otro sistema conocido de propulsión, partió con enorme velocidad, desapareciendo de la vista de los presentes en contados segundos.

El radar continuó detectándolo aún durante unos minutos; después, toda señal de la misteriosa astronave, desapareció, como si la máquina hubiese sido devorada por las insondables profundidades del espacio estelar.

Durante un buen rato, todos los ocupantes de la cámara permanecieron en el más absoluto silencio. Luego, el irritado capitán Banner, con las manos apoyadas en la cadera, se enfrentó con el joven.

—Bueno, señor Coblentz —dijo—; y ahora, ¿tendrá usted la bondad de explicarnos lo que ha hablado con esa beldad de los espacios sidéreos?

Antes de contestar, el joven se acercó a uno de los hexaedros, dándole una suave palmada. Jock ocultó el asombro de que el objeto no se moviera, a pesar del golpe, pues parecía que, hallándose suspendido en el aire, debiera balancearse cuando menos, por lo que, deliberadamente, volvió a repetirlo, ahora con más fuerza.

El hexaedro permaneció completamente inmóvil, fijo como una roca encastrada en la ladera de una montaña. Prometiéndose averiguarlo más tarde, Jock se giró hacia su capitán.

—Aparte de que se llama Keddya, el muerto tenía el nombre de Zalos, su planeta es Ur-Thon y que estos objetos son seres animados, que viven en otro planeta, llamado Ur-Qon, no tengo más que decirle, señor. Excepto, quizá, la enemistad que, al parecer, reina entre los habitantes de ambos planetas.

—Eso parece cierto —apuntó el doctor Sphinx—. Por lo menos, uno de los individuos con aspecto humano ya estaba herido, y luego resultó muerto. ¿Por qué? —dijo, más bien preguntándose a sí mismo, que a los demás.

Jock volvió a palmear el hexaedro que tenía más cercano.

—De aquí —dijo—, se desprendió una astilla de vidrio, cuya longitud alcanzaba el metro. Luego, retornó a su lugar de procedencia, sin que podamos advertir la menor señal de tal separación primero y posterior unión.

—Sigo sosteniendo —refunfuñó el capitán—, que esos objetos no pueden ser seres con inteligencia.

Una vez más volvieron a repetirse los timbrazos.

—Yo opino todo lo contrario, señor —insistió el joven—. Fíjese en que cada vez que usted o alguien ha hablado despectivamente de ellos, se han producido unas notas violentas, casi discordantes, lo cual no es lógico en unos seres que hasta ahora sólo habían emitido notas sumamente agradables.

Como si se confirmasen las palabras del joven, un torrente de armonía se derramó por la estancia. Jock sonrió, muy satisfecho.

—¿Lo ven? —dijo—. Estos hexaedros son seres animados. Tienen una

forma completamente inusual para nosotros; prácticamente, son dos enormes trozos de mineral, pero son seres vivientes.

—¿Cómo han venido hasta aquí? —preguntó casi a gritos el capitán.

—Eso —murmuró el joven—, es lo que de momento no podemos saber. Un día, sin embargo, nuestros conocimientos acerca de estos extraños seres de forma geométrica habrán aumentado hasta el punto de entablar normales relaciones con ellos. No olviden —añadió—, que aquellas personas les temían... y que sus temores, desgraciadamente, se cumplieron, porque uno de ellos murió.

—No me gustaría enemistarme con estos hexaedros —masculló el capitán, mirándoles aprensivamente. Luego dijo—: Bien, ¿qué vamos a hacer con ellos? ¿Los vamos a tener siempre en la cámara?

Jock asintió.

—Es imposible, por medios ordinarios, moverlos del lugar en que se hallan, capitán. Pruébelo usted mismo, por favor.

—¡No! —chilló Banner—. Nada de este mundo hará que yo ponga la mano sobre uno de esos bichos. ¡Condenación, si...! —y se calló de pronto, temeroso de recibir una reprensión como las anteriores.

Jock sonrió. Entonces, el doctor Sphinx dijo:

—Tendríamos que tratar de averiguar su naturaleza, analizando los materiales que entran en su composición. Pero mucho me temo que ello no nos sea posible, puesto que, indiscutiblemente, se trata de seres vivientes. No los podemos anestesiar y, por lo tanto, no podemos hacerles un estudio viviseccionista.

—Mejor estaría utilizar el martillo y los ácidos del geólogo —masculló el capitán—. Pero sigo sin comprender por qué un pedazo de cristal ha de ser un ser con inteligencia. Si al menos tuviera tentáculos...

—Entiendo —dijo pausadamente el doctor—, que estamos en presencia de unos seres cuya composición nos es completamente desconocida. No obstante, creo tener una hipótesis que puede ayudarnos un tanto para conocerlos mejor. Nuestro metabolismo, el de los seres humanos, es el del ciclo del carbono. Con toda seguridad, el metabolismo de estos hexaedros es a base del silicio, en cuyo caso, todas y cualquiera de las posibilidades caben ser formuladas.

—Recuerde, doctor —agregó el joven—, lo que me ocurrió la primera

vez que lo toqué.

—Es cierto —asintió Sphinx—. Parecía como si nos hablaran en el interior del cerebro por medios telepáticos. Usted, Coblentz, pudo entenderse con esa muchacha, Keddya, a través de estos hexaedros, ¿no?

—Así es, doctor. ¿Por qué no probamos de nuevo a ver si entramos en comunicación con ellos?

La atención era unánime. Petunia intentó detener al joven, pero luego, acaso avergonzada de sí misma, refrenó sus impulsos.

Por su parte Jock, tras unos segundos de duda, apoyó la mano en una de las caras del hexaedro. Inmediatamente, la superficie del objeto se cubrió de una serie de ondulaciones tornasoladas, brillantísimas, esplendentes, sumamente gratas a la vista, que corrían rápidamente por todas sus caras, al mismo tiempo que la música resonaba con suave fuerza en el interior de la cámara.

Jock se puso la mano sobre la frente, en actitud pensativa. Todo el mundo tenía centrada la atención en el joven oficial.

—En efecto —murmuró al cabo de unos segundos—, oigo voces dentro de mí, pero no consigo entender lo que me dicen.

Separó las manos. La música y las ondulaciones luminosas cesaron casi en el acto.

Varios de los que se hallaban en la estancia probaron a hacer lo mismo que el joven, obteniendo idénticos resultados. Una hora más tarde, habían renunciado a entrar en contacto con aquellos extraños seres.

El capitán Banner resumió todos sus esfuerzos.

—Bien, señores —dijo—; es evidente que no sabemos nada de éstos... estas personas —agregó, mirando aprensivamente a los hexaedros—, a excepción de que están aquí, que son enemigos de los habitantes del planeta llamado Ur-Thon... y que son capaces de matar con fulminante rapidez. Por lo tanto, y mientras seguimos viaje para hallar un planeta en el cual asentarnos, propongo que los saquemos de aquí, con objeto de tener despejada la cámara.

—No podrá moverlos, capitán —observó el joven.

Banner frunció el ceño.

—¡Están suspendidos en el aire! —dijo.

Jock se encogió de hombros.

—Antes —contestó— yo no pude moverlos un solo centímetro del lugar en que se hallaban. Pruebe usted, a ver qué ocurre.

Banner asintió. Con enérgica decisión, caminó hacia uno de los hexaedros deteniéndose a escasos centímetros del mismo. Lo miró unos instantes, con especulativa expresión y luego, resolviéndose a actuar, lo rodeó con sus brazos. Tiró de él con toda su fuerza.

Instantáneamente, una luz anaranjada brotó del interior del hexaedro, extendiéndose rapidísimamente por toda su superficie, al mismo tiempo que la estancia se inundaba de una serie de notas musicales llenas de una atronadora discordancia.

—¡Cuidado, capitán! —gritó Jock, alarmado.

Pero Banner, tozudo, no quiso ceder. Su rostro se congestionó como consecuencia de los esfuerzos que realizaba, en tanto trataba de mover aquellos objetos.

El ruido aumentó. Jock, entonces, saltó hacia el capitán, pero, en el momento en que casi lo tocaba, Banner abrió los brazos y cayó de espaldas, lanzando un feroz aullido. Junto con su grito se oyó un sonoro campanazo, después de lo cual las notas musicales cesaron de modo radical.

El joven y varios de los presentes se arrodillaron al lado de Banner. Éste abrió los ojos y se frotó el estómago, con gesto dolorido e irritado a un mismo tiempo.

—¡Diablos! El... el tipo me sacudió una coz en la barriga que por poco me vuelve las tripas del revés —exclamó el capitán con un lenguaje sumamente gráfico. Luego se sentó en el suelo, mirando a los hexaedros con el ceño fruncido—: Coblentz, usted tiene razón; no hay fuerza humana capaz de arrancarlos de su sitio.

Alguien ayudó al capitán a incorporarse. Los hexaedros permanecían en el mismo sitio, casi en el centro de la cámara, situados a unos cincuenta o sesenta centímetros el uno del otro.

Así pasaron aquel día y otros muchos.

Varias semanas más tarde los hexaedros continuaban en aquel lugar, sin que nadie hubiera podido moverlos, pese a las intentonas realizadas, algunas de las cuales habían terminado de la misma forma que los esfuerzos de Banner. Los comentarios, particularmente intensos en un principio, se fueron apagando, hasta considerar los hexaedros, cuyas emisiones musicales se habían atenuado notablemente, hasta casi cesar del todo, como parte integrante de la nave.

Estaban ya a la vista de un planeta cuyos indicios señalaban su habitabilidad, cuando el jefe de máquinas, ingeniero Stevill, se entrevistó con el capitán.

Por casualidad estaba presente Jock y las noticias que escuchó no tenían nada de gratas.

—Capitán —dijo Stevill—, me temo que uno de los generadores de energía Helmholtz esté fuera de control.

Los tres hombres estaban solos en la cámara. Apenas pronunciadas aquellas palabras, se oyó un estallido musical.

Cuando volvieron la vista hacia el lugar de donde había partido aquel vibrante sonido, una triple exclamación brotó de sus labios al unísono.

¡Los hexaedros habían desaparecido de la cámara como si jamás hubieran existido!

CAPÍTULO IV

Por vez primera habían llegado al suelo de un planeta que no era la Tierra. Todo el mundo estaba alegre y contento, exultante de satisfacción por conocer un mundo nuevo, cuya apariencia, al menos en el lugar donde se había posado la astronave, daba la sensación de que se hallaban en un lugar cualquiera del mundo de partida. Todo les recordaba su planeta. El césped era verde, las aguas del arroyo que corría a pocos pasos de distancia eran azules y murmuraban discretamente, saltando de piedra en piedra, y hasta el bosque de árboles que había a corta distancia parecían nacidos en la propia Tierra. Incluso las nubes que en aquellos momentos cubrían el cielo,

impidiendo la visión al mismo tiempo que derramaban una mansa lluvia sobre el lugar, eran completamente terrestres.

Pero, en medio de toda aquella alegría por haber llegado al término de una de las etapas del viaje, algunos tenían el semblante muy serio y no participaban del jolgorio general. Eran estas personas el capitán y sus primeros oficiales, así como el Ingeniero Stevill y los maquinistas más directamente a sus órdenes.

Mientras algunos de los expedicionarios, embutidos en sus impermeables, paseaban por los alrededores de la nave, dando así suelta a su ansia de libertad tras largos meses de encierro, en la cámara del capitán, situada no lejos de la de mando, se sostenía una grave conferencia.

Asistían a ella, aparte de Banner y sus tres primeros oficiales astrogadores, el doctor Sphinx como jefe técnico de la expedición y el ingeniero Stevill, además del teniente Schuyller en su calidad de encargado de mantener el orden.

Los informes del ingeniero no podían ser más pesimistas.

—Hasta ahora todos los esfuerzos que hemos realizado para volver a control al generador Helmholtz han sido baldíos —declaró enfáticamente.

—Tendrá usted que adoptar, sin duda, una solución —apuntó Banner.

Stevill movió la cabeza afirmativamente.

—Ya la tengo —declaró—. Es una solución de urgencia, pero no deja de ser la misma que adoptaría un médico al encontrarse ante un paciente que tiene un miembro herido y se le está gangrenando.

—¡Amputación! —exclamó el jovencísimo Almeida, sin poderse contener.

Stevill asintió con firme gesto.

—Usted lo ha dicho —contestó—. Amputación; en nuestro caso, quiere decir que debemos desprendernos del generador.

—¿Cómo piensa hacerlo, ingeniero? —preguntó el capitán.

—Elevando la nave a unos cuantos metros del suelo; los suficientes para poder descender el generador, separado de su emplazamiento,

mediante una grúa de emergencia que será preciso construir con los elementos de que disponemos a bordo. Mientras desconectamos el generador, se excavará un hoyo lo suficientemente profundo para enterrarlo bajo una gruesa capa de tierra que impida el posterior paso de las radiaciones.

—¿No cree usted —inquirió el doctor Sphinx— que puede producirse el estallido también de esa manera?

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta, doctor. Sin embargo, confío en que, con el tiempo, la excitación del generador vaya reduciéndose en tanto que emita fuertes radiaciones que serán absorbidas por la capa de tierra que lo rodea. Al cabo de un tiempo, el aparato no será otra cosa que un montón de metal, que más adelante podrá, incluso, ser puesto en servicio nuevamente.

—Pero ese lapso de tiempo es demasiado largo para nosotros, ingeniero —objetó Banner.

—Por supuesto; pero podemos manejarnos con el resto de los generadores. No olviden que la «Lux» está dotada de la potencia suficiente para poder navegar con la mitad de sus máquinas, si ello fuera necesario. Naturalmente tal coyuntura depararía una mayor lentitud en la marcha, pero, perdiendo uno solo de los elementos que generan la energía, la disminución de potencia sería muy escasa.

Banner asintió.

—Muy bien, ingeniero. Ahora dígame: ¿qué peligros hay en el manejo del Helmholtz?

—No mayores que en el de cualquier otra pila atómica, teniendo en cuenta que el generador lo es a base de la energía que produce la fusión del átomo de hidrógeno, fusión que aquí es preciso obtener a base de la utilización de una pila atómica, pues carecemos del espacio suficiente a bordo para montar una instalación de las que se utilizan en la Tierra, donde hay lugar suficiente. En la Tierra la fusión se hace a base de energía eléctrica; aquí, como digo, la tenemos que hacer con la que desarrolla la pila atómica.

—¿Y ésta es la que está desajustada?

Stevill asintió.

—Hay, como si dijéramos, un pequeño escape, que hasta ahora nos ha sido imposible reducir, aunque sí contener para evitar se hiciera

mayor y entonces se produjera la escisión rápida de los átomos de plutonio de la pila. Por esto nos vemos obligados a desprendernos de ella, capitán.

—Muy bien —asintió Banner—. Entonces manos a la obra, ingeniero. Después de lo dicho —añadió—, supongo indispensable la evacuación de la nave.

—Por supuesto, señor. Es una medida elemental de precaución, dadas las circunstancias. Me quedaré con el personal indispensable en tanto que ustedes se retiran a digamos unos ochenta o cien kilómetros.

Banner lanzó un silbido.

—¿Tanto, ingeniero?

Stevill asintió.

—Cuantos menos riesgos se corran, mejor para todos, señor. Desde luego, tendrán que llevarse los equipos necesarios para una larga estancia fuera de la nave. Nosotros permaneceremos en comunicación continua con ustedes y, cuando todo esté resuelto, les avisaremos para que regresen.

—Perfectamente —dijo el capitán—. Vamos a ponernos a trabajar inmediatamente. Jock, usted se encargará de prevenir a la tripulación. Martin y Almeida: quedan encargados de hacer una lista de los objetos personales que debe llevar cada tripulante. Tenemos vehículos de transporte a bordo, pero son insuficientes para llevarnos a todos, de modo que los dedicaremos a transportar tiendas de campaña y víveres al lugar que elijamos como residencia durante el tiempo que dure nuestra ausencia de la nave. Jock, esa labor es para usted también, sin olvidarse de poner armas, pistolas térmicas sobre todo. Empiecen a actuar inmediatamente, señores.

Petunia se encaró con el joven, una hora más tarde, interrumpiéndolo en su labor de alistar los transportes.

—Jock, ¿qué opinas tú de todo esto?

El joven sacudió la cabeza.

—No soy ingeniero, aunque entiendo lo suficiente de generadores para saber que es un grave contratiempo el que nos ha surgido.

—¿Crees tú que Stevill y sus maquinistas lograrán resolverlo?

El joven la miró con fijeza.

—Espero que sí, Petunia —dijo lentamente.

Ella se estremeció.

—Jock —murmuró—, no lo dices con mucha confianza.

—No seas bobita —dijo él—. Claro que sí. ¿Por qué no la iba a tener en el ingeniero y sus hombres? Son personas competentes, capaces y experimentadas que conseguirán…

—A mí —musitó ella con aire ausente— me dan la sensación de ser unos héroes, Jock. ¡Qué quieres que te diga; no lo puedo remediar!

Hubo una pausa de silencio entre ambos. Después la muchacha dijo:

—¿Puedo ayudarte en algo, Jock?

—No, gracias. Haz que carguen en los transportes unos cuantos transmisores con pantalla; tenemos que estar enlazados con los que se queden aquí.

La muchacha asintió, empezando a hacer lo que le indicaba Jock.

Mientras los maquinistas desconectaban el generador, una cuadrilla de tripulantes se dedicaba a excavar un profundo hoyo situado bajo el lugar en donde los sopletes, por carecerse de escotilla en aquel punto, habían abierto un amplio boquete para permitir el paso del generador. Había algunas herramientas mecánicas, pero, en general, el trabajo era manual. No obstante, la labor progresaba rápidamente, dado el afán que todos, advertidos de la situación en que se hallaban, ponían en ejecutarla.

El hoyo estuvo concluido mucho antes de que el generador hubiera sido separado de su emplazamiento. El inconveniente mayor era el blindaje, que no se podía quitar so pena de exponer a los trabajadores a las mortíferas radiaciones de la pila nuclear. A pesar de todo, los contadores Geiger estaban continuamente en funcionamiento, para prevenir cualquier filtración que pudiese poner en peligro las vidas de los maquinistas.

El cielo seguía cubierto de nubes y éstas derramando agua, en forma de lluvia, fina, pero persistente. El ambiente era muy húmedo y la cosa estaba agravada por el hecho de que la temperatura se mantenía casi constantemente en una media de 30°. Cuando el hoyo estuvo

practicado, Banner dio la señal de partida. Jock fue el encargado de conducir uno de los transportes, llevando a Petunia al lado, como oficial de comunicaciones. Los otros dos vehículos restantes, camiones-oruga todo terreno, con una capacidad de carga de una tonelada, fueron ocupados por los tenientes Martin y Almeida, primer y tercer oficiales, respectivamente, acompañados cada uno de dos hombres. El resto de la dotación iría a pie, efectuando jornadas de veinticinco kilómetros más o menos cada día, de modo que al cuarto se encontrasen con el campamento elegido por quienes conducían los transportes, en los cuales se encontraba todo lo necesario para montar el campamento.

Una vez a bordo de su coche, Jock dio el contacto y pisó el acelerador. Martin y Almeida hicieron lo mismo, pero entonces el transporte de Martin se negó a arrancar.

Banner se acercó al primer oficial, muy irritado.

—Martin, ¿qué diablos ocurre?

El oficial trató de hacer arrancar el vehículo.

—Lo ignoro, señor. Esto parece que no funciona y...

—Está bien —mascullό el capitán—. ¡Ustedes dos, Coblentz, Almeida, sigan su ruta! Martin, apéese y a ver si por todos los santos del cielo logra arreglar esa dichosa avería.

El oruga empezó a deslizarse por el suelo herboso, el cual estaba totalmente empapado de agua, como consecuencia de la lluvia que no había dejado de caer desde que aterrizasen en aquel singular planeta.

Rodando a una velocidad de cuarenta kilómetros a la hora, el transporte pronto perdió de vista a la larga columna de hombres y mujeres que se alejaban de la nave, siguiendo sus rodadas. Jock iba en cabeza y Almeida le seguía, acompañado por Cazenave y Baunec.

Durante un rato, Jock y Petunia no hicieron sino contemplar el panorama que se extendía frente a ellos. Protegidos de la lluvia por la cáscara transparente del vehículo, la cual era estanca también, para caso de hallarse en un planeta sin atmósfera, viajaban con gran comodidad, incluso utilizando el refrigerador para rebajar un tanto la sofocante temperatura del exterior.

El suelo era relativamente llano, con algunas ondulaciones cubiertas totalmente de césped, entre las cuales nacían algunos árboles de

aspecto aparentemente terrestre, pobladas sus hojas de flores de singular tamaño y vívida coloración encarnada y amarilla, que daban un magnífico aspecto al paisaje, aliviándolo así de la feroz monotonía que suponía el verlo envuelto en grises cendales de lluvia y bruma, esta última lejana, cosa que impedía la percepción del horizonte.

Facilitada la marcha por la relativa llanura del suelo, el vehículo avanzó rápidamente. Pasaron un par de horas, al cabo de las cuales, Jock estimó la distancia recorrida en unos setenta kilómetros, más o menos.

—Dentro de una hora —dijo— podremos hacer alto.

Petunia arrojó una mirada en torno a ella.

—Vamos a pasar unos cuantos días desagradables, mientras los ingenieros reparan el generador. Para mí —agregó sonriendo— va a ser mi primera experiencia de «camping».

—La cosa suele agradar, pero no con un tiempo como éste —repuso el joven, mirando hacia arriba—. La lluvia no tiene trazas de amainar.

Ella dijo, ensoñadora:

—Si al menos encontrásemos una ciudad habitada… Sería fantástico, ¿verdad, Jock?

Éste asintió.

—Sí, una experiencia maravillosa encontrarse en una ciudad poblada por seres de otro mundo. Admirar su civilización, su forma de vivir, sus costumbres, ¿quién sabe también si su ciencia y su arte? Sería una experiencia maravillosa.

—Recuerda que ya entablamos contacto con personas pertenecientes a los sistemas de Capella, Jock.

El joven frunció el ceño. Todavía tenía ante los ojos el recuerdo de Keddya y la singular belleza de la joven rubia no se había apartado aún de su mente. «¿Dónde estará ahora?», se preguntó silenciosamente.

Petunia meditaba.

—Se portaron de una manera un tanto rara —comentó ella.

Jock explicó:

—En cierto modo se comprende: los hexaedros eran enemigos suyos.

Ella hizo un gesto de duda.

—A mí —murmuró Petunia— se me hace muy cuesta arriba hacerme a la idea de que un pedazo de cristal sea enemigo o amigo de uno. No dudo que sean seres con inteligencia, pero...

La muchacha se interrumpió de pronto y su mano se cogió con fuerza del brazo de Jock. Por su parte, las manos del joven se crisparon sobre los mandos del vehículo.

—¡La música, Jock! —gritó ella, excitadísima—. ¡Ya están ahí de nuevo!

—¡Es verdad, otra vez la música!

Efectivamente, una oleada de suaves notas, llenas de una maravillosa armonía, acababa de escucharse dentro de la cabina, sin que se pudiera ver, por el momento, la fuente de aquellos melodiosos sonidos.

Un súbito sentimiento de aprensión, a pesar de todo, invadió el ánimo del joven.

—¡Diablos! —comentó a media voz—. Si esos seres se nos meten aquí, ¿cómo nos las vamos a arreglar para caber todos?

Petunia no le contestó.

De pronto una luz brilló en el cuadro de mandos.

Jock se inclinó hacia adelante y dio media vuelta a un conmutador. En el acto se escuchó la excitada voz de Almeida que decía:

—Coblentz, ¿oyes la música?

—Sí, perfectamente —repuso el joven.

Almeida dijo, nervioso.

—Esos vidrios se nos van a aparecer de nuevo, estoy seguro.

—¡Ahí están! —chilló de repente la muchacha, extendiendo la mano hacia adelante y señalando un punto situado a corta distancia de la proa del vehículo.

Casi por instinto, Jock clavó el pie en el freno, deteniendo el oruga en seco. Sus ojos desorbitados contemplaron la ya conocida pareja de hexaedros, suspendidos inmóviles en el aire, a unos cinco o seis metros de distancia del vehículo, en medio del camino que seguía.

A pesar del asombro que sentía, el joven no dejó de observar en aquellos objetos, puesto que se resistía a llamarles seres, una curiosa particularidad: el agua no los tocaba.

No sabía a qué obedecía aquello.

Las gotas de lluvia resbalaban en torno a ellos, como si una capa protectora e invisible les rodease totalmente a unos diez centímetros de su brillante superficie. Mientras tanto, la música seguía sonando suavemente.

Las notas eran tranquilas, armoniosas.

De repente, el volumen de los sonidos se acentuó. Rápidas chispas multicolores empezaron a surgir del interior de los cuerpos de vidrio, estallando en su superficie y dejando paso a otros fogonazos de luz, de continuas tonalidades cambiantes, todo ello ejecutado con notable rapidez.

—¿Querrán decirnos algo? —murmuró la muchacha.

Como si hubiera sido oída, los hexaedros empezaron a girar vertiginosamente, el uno en torno del otro, con tal velocidad que apenas si podían ser seguidos con la vista. Estuvieron así cosa de medio minuto y luego, de repente, partieron hacia adelante, en la misma dirección que llevaban los transportes, disparándose con la velocidad de un proyectil.

Apenas si podían seguirse.

Los hexaedros se alejaron hasta perderse de vista. Luego reaparecieron de nuevo y volvieron a alejarse, ahora con menos velocidad.

El juego se repitió varias veces.

Jock se dijo:

—¿Qué se propondrán?

Súbitamente, Petunia exclamó:

—¡Ya lo entiendo, Jock! ¡Quieren que les sigamos! ¿No lo

comprendes? ¡Nos están indicando el camino! ¡Ellos nos van a servir de guías!

Jock asintió.

—Puede que tengas razón —exclamó el joven, pisando el acelerador, y como confirmación de sus palabras, un río de notas musicales, armoniosas pero muy rápidas, sonó dentro de la cabina.

Parecían dar su asentimiento.

El coche se puso en movimiento, seguido por el que pilotaba Almeida. Jock estabilizó su velocidad, equiparándola a la que llevaban los hexaedros, y arrojando una mirada al contador advirtió que marchaban aproximadamente a unos cuarenta kilómetros a la hora.

—Es prodigioso —exclamó—. Verdaderamente, tienen aspecto de trozos de vidrio, pero son seres inteligentes, no cabe la menor duda.

Petunia los miraba con cierta inquietud.

—¿Adónde nos llevarán, Jock? —preguntó la muchacha.

Pero el joven no podía responder a tal pregunta. Dedicado por completo al gobierno del vehículo, tenía sus ojos fijos en los hexaedros, procurando no perderlos de vista.

Así transcurrió media hora, durante la cual recorrieron unos veinte kilómetros. De pronto, una lamparita titiló en el cuadro de mandos.

—Nos llaman de la «Lux» —exclamó la muchacha, conectando seguidamente el transmisor con pantalla visora.

Pero no se reflejó ningún rostro en la pantalla iluminada.

—¡Qué raro! —observó Petunia—. Tendría que verse aquí la cara del hombre que nos llama. ¿Cómo se comprende esto?

Jock no contestó. Ahora tenía los ojos fijos en la pantalla, en la cual se divisaba la larga fila de tripulantes de la «Lux», los cuales caminaban tranquilamente bajo la lluvia, viéndose en el fondo la nave, suspendida a una docena de metros sobre el suelo.

Repentinamente, una chispa de luz brotó en la pantalla. Petunia lanzó un grito.

El fogonazo avanzó rápidamente hasta ocupar buena parte del

horizonte visible. Al mismo tiempo, los ocupantes del transporte vieron que todos los rostros de los que caminaban se volvían, llenos de angustia, hacia el lugar de donde partía la llamarada.

Ésta creció y creció, alcanzando gigantescas proporciones en contados segundos. Horrorizados, espeluznados, los tripulantes de la nave se dispersaron intentando huir del devastador incendio provocado por el súbito estallido del generador descontrolado.

Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. En un instante fueron devorados por aquella voraz llamarada que los engulló a todos en sus ardientes fauces, en tanto que una enorme columna de humo subía a lo alto y el temblor de la tierra era perceptible con toda claridad a través de la pantalla televisora.

CAPÍTULO V

Al oír el ruido del motor, Petunia, Almeida y Cazenave salieron de la tienda de campaña bajo la cual se resguardaban, mirando con ojos inquietos el vehículo que se les acercaba bajo la lluvia.

Jock echó el freno y luego manejó el mando que abría la cúpula. Con cansado ademán saltó del oruga, seguido por Baunec, indiferentes ambos al agua que les mojaba el cuerpo.

Petunia y los demás les miraron en silencio, preguntándoles con la expresión. Jock meneó la cabeza.

—Ni un solo superviviente —repuso lacónicamente.

Su voz era triste.

Almeida fue el primero en salir de aquella trágica abstracción.

—Vamos a la tienda —dijo—. Seguramente necesitaréis tomar algo caliente.

Jock accedió y las cinco personas se refugiaron bajo el techo de nylon que les protegía del agua. La tienda era amplia y había espacio suficiente para todos, puesto que había estado calculada para contener al menos el doble de personas. Momentáneamente tenían el resto del

equipo y provisiones que no utilizaban en los vehículos, habiendo llevado a la tienda lechos plegables, mantas, que resultaban inútiles con la temperatura, pistolas térmicas y parte de los víveres que habían transportado consigo.

Los recién llegados acogieron con satisfacción el café que Petunia les servía. Una vez se hubieron recuperado un tanto, Jock empezó a hablar:

—Naturalmente, no hemos llegado hasta el mismo lugar de la explosión. Aquello está terriblemente «caliente», empapado de radiactividad, y sería sumamente peligroso acercarse al lugar donde el generador estalló. Llegamos hasta el punto máximo que nos permitió el contador Geiger y, desde lo alto de una colina, con ayuda de prismáticos, estudiamos el lugar donde sucedió el estallido.

»Un inmenso hoyo negro, que todavía humea, existe ahora en el lugar que ocupaba la «Lux». Nuestros desgraciados compañeros se encontraban todavía demasiado próximos al centro del estallido y fueron muertos, unos por las radiaciones y los otros por la misma violencia de la onda expansiva. En resumen —concluyó lúgubremente el joven—, una catástrofe completa.

Durante unos consternados minutos, nadie tuvo fuerzas para hablar. Después la muchacha rompió el silencio:

—Bien —dijo pausadamente—, la cosa ya no tiene remedio y sólo nos queda rogar a Dios por las almas de nuestros desdichados compañeros. Ha sido una infortunada casualidad el que se descontrolase el generador, origen de la catástrofe. Sin embargo, mi opinión es que no debemos dejarnos abatir por la desgracia. «Tenemos» —añadió, subrayando enérgicamente la palabra— que hacer algo para sobrevivir.

Jock levantó la cabeza.

—Me parecen muy bien tus palabras, Petunia. Puesto que sólo hemos quedado cinco supervivientes, debemos empezar a pensar un plan de acción. Somos unos náufragos en el cosmos; nos hallamos a cuarenta y dos años luz de la Tierra, pero esto no debe servir para que nos dejemos llevar por la desesperación. De lo contrario —concluyó con acento rotundo— nuestra pérdida es segura e inevitable.

—De acuerdo —dijo Almeida—. Vamos a discutir el plan. ¿Qué hacemos?

—En primer lugar —siguió Jock—, ¿están ahí todavía los hexaedros?

Petunia asintió.

—No nos han abandonado desde que... ¡Escuchad, se me ha ocurrido una idea! ¿No creéis que ellos presintieron la explosión y nos urgieron a alejarnos cuanto antes?

—¡Es cierto! —exclamó Baunec—. Me acuerdo de sus extraños giros y sus idas y venidas, las cuales cesaron, convirtiéndose en una marcha rectilínea cuando nosotros reanudamos la nuestra.

—Pero todavía hay más —añadió la muchacha. Hizo una pausa para acentuar el efecto de sus palabras y luego miró a sus oponentes—. ¿Qué antena —inquirió— fue la que emitió las imágenes que todos pudimos ver en nuestras pantallas? ¿Quién accionó las lámparas piloto de llamada? Ninguno de nuestros compañeros respondió a nuestras llamadas, recordadlo bien.

—¡Es verdad! —concordó Jock—. Yo no había caído en ese detalle hasta ahora.

—Tendré que salir fuera a propinarles un beso a cada hexaedro —dijo de buen humor Cazenave—. A fin de cuentas, y según parece, ellos fueron los que nos salvaron el pellejo.

—Un día u otro —comentó pensativamente Jock— podremos entendernos con ellos y entonces sabremos muchas cosas que ahora nos están vedadas. Por el momento, sin embargo, lo más urgente es adoptar un plan de vida. ¿Qué hacemos? ¿Adónde nos dirigimos? ¿Dónde nos hallamos?

»Una cosa que no nos debe preocupar, al menos en un plazo de dos o tres meses, es la cuestión de los víveres. En los orugas se colocaron las raciones suficientes para setenta personas durante quince días, que era el tiempo estimado para deshacernos del generador. Por lo tanto, la comida abunda, aunque en previsión de futuras escaseces, propongo sea racionada a partir de ahora. Momentáneamente, no hemos visto en este planeta nada que sea comestible, aunque éste es un problema que hemos de resolver con la mayor brevedad posible. Hemos de tener en cuenta que nos hemos quedado solos, aislados en este planeta, a cuarenta y dos años luz de la Tierra y que, ocurra lo que ocurra —concluyó dirigiendo una enérgica mirada en torno a él—, hemos de sobrevivir.

El breve discurso de Jock fue aprobado en toda su integridad. Sin

embargo, hubo de suscitarse la cuestión de la jefatura del reducido grupo, y Almeida la zanjó diciendo:

—Eso es algo que no debiera de haberse mencionado tan siquiera. Coblentz es el oficial de mayor graduación del grupo y debe conservar, por tanto, la jefatura.

—¡Un momento! —protestó el joven—. Ahora ya no hay nave y estamos por completo desconectados de nuestro planeta. Tendremos que regirnos, indudablemente, por las viejas leyes, pero las circunstancias en que nos hallamos harán, sin duda, que debamos emitir nuevas normas de conducta. Ésta es una de ellas: me niego a aceptar la jefatura del grupo, si no existe absolutamente unanimidad entre todos vosotros para concedérmela.

Cuatro manos se alzaron a la vez.

Petunia sonrió.

—Jock —dijo —, no te queda otro remedio que aceptar.

—Muy bien —concordó el joven—; de acuerdo. Sin embargo, cuando haya que adoptarse una decisión excepcionalmente grave, se someterá a consulta y posterior votación para resolver. ¿Estamos?

Todos accedieron a la proposición del joven. Después Petunia dijo que iba a preparar la cena. Mientras Jock, tomando un impermeable cuya capucha se caló, salió fuera de la tienda.

Durante los pocos días que llevaban en el planeta habían podido darse cuenta de que su ciclo rotatorio sobre sí mismo era sensiblemente igual al de la Tierra. Jock lo había medido con su cronómetro y le había dado un período de 24 horas, 47 minutos y 23 segundos. Más adelante tendrían dificultades con el cómputo del tiempo, que tendrían que ir descontándolo para equipararlo al de la Tierra, pero en el momento actual, para sus necesidades fisiológicas -sueño y alimento principalmente- así como para el establecimiento de un posible plan de trabajo, el horario les ayudaba considerablemente.

Percibiendo el suave batir de la lluvia contra el suelo, Jock se aproximó a uno de los hexaedros, que continuaban allí inmóviles, suspendidos en el aire a una distancia de medio metro aproximadamente. El agua no les tocaba, siendo rechazada por algún medio desde diez centímetros de distancia antes de llegar a su superficie.

Jock alargó la mano, tocando una de las caras del hexaedro, la cual se cubrió instantáneamente de vibraciones luminosas, al mismo tiempo que emitía una serie de notas bajas y graves, de escaso volumen. Una vez más percibió en su cerebro la llamada de aquella voz y su mano libre se crispó de rabia al no poder entender lo que le decían.

Permaneció allí un buen rato y luego, separándose del hexaedro, caminó unos cuantos pasos, alejándose de la tienda. Estudió el suelo, hallando únicamente tierra y césped. En cierta ocasión se arrodilló y escarbó con las uñas, encontrando una especie de animalillos de medio centímetro de longitud que se escondían apresuradamente bajo la tierra cuando quedaban al descubierto. Parecían gusanos y eran muy blancos, lo cual le hizo pensar al joven de inmediato en las teorías evolucionistas de Darwin. ¿Sería posible que aquel mundo se encontrase todavía en su fase evolutiva primaria, sin que la vida racional hubiera surgido aún sobre su superficie?

Sus pensamientos fueron cortados bruscamente por la llamada de Petunia. La cena ya estaba lista y los cinco náufragos del espacio la devoraron con buen apetito, imponiéndose la juventud por encima de cualquier otra consideración de tipo sentimental o anímico.

Después se echaron a dormir, dejando uno de guardia por turno, con excepción de la muchacha. La noche transcurrió rápidamente, tanto que Jock no se dio cuenta de que había pasado hasta que los excitados gritos de Baunec les despertaron a todos, sobresaltándoles grandemente.

—¡Salid todos, pronto! —gritaba el muchacho, excitadísimo.

Lo hicieron con tanta prisa que estuvieron a punto de derribar la tienda en su afán por salir. Cuando, al fin, estuvieron fuera, los ojos de Jock y sus compañeros presenciaron un espectáculo increíble.

En primer lugar, las nubes habían desaparecido totalmente, dejando paso a un cielo profundamente azulado, de un matiz delicadísimo, en el que brillaba un globo de color amarillento, casi ocre, derramando cataratas de luz sobre la campiña circundante, la cual se extendía en torno a la tienda, hasta perderse de vista a lo lejos en todas direcciones. El tamaño de aquella estrella era ligeramente mayor que el del sol terrestre, y sus rayos expandían una cálida aura de bienestar sobre los expedicionarios.

—Estamos contemplando uno de los dos soles que componen el sistema binario de Capella —dijo gravemente el joven—. Éste es el

mayor, una estrella amarilla, de alguna más edad que nuestro sol...

—¿Cuántos meses? —preguntó bromeando Cazenave.

—Oh, sólo unas cuantas docenas de millones de años. El otro sol, mucho más pequeño, está a unos ochenta y tres millones de kilómetros de distancia del mayor, y es de color blanco azulado, con el mismo tono de un arco eléctrico. Dentro de una hora, a más tardar, lo tendremos sobre el horizonte.

—Bien —exclamó Petunia—, a lo que parece, la temporada de lluvias se ha terminado. ¿Qué haremos ahora?

Jock se frotó la mandíbula.

—Tendremos que irnos de aquí —repuso—, en busca de parajes de una temperatura más moderada. A mediodía será imposible permanecer fuera de la tienda.

—Pero ¿cómo orientarnos? No sabemos cuál es el norte de este planeta ni si, levantando el campo, nos acercamos a un lugar más caluroso. No podemos permitirnos el lujo de cometer un error de esta índole —objetó Almeida.

—Lo sabremos dentro de unos cuantos días, cuando hayamos hecho las observaciones astronómicas necesarias. Mientras tanto, nos será forzoso permanecer en este lugar.

—Y mientras tanto —dijo la muchacha con voluble acento—, yo voy a preparar el desayuno. ¿Os parece bien?

—Tus palabras se derraman sobre mi estómago como el rocío de la mañana sobre las hojas de acanto, que dijo Confucio —exclamó Almeida, inclinándose hacia ella.

—¿Confucio dijo eso? —preguntó Baunec ingenuamente, y todos, extrañamente alegres por la desaparición de las nubes, estallaron en carcajadas, dejando confuso y avergonzado al muchacho.

Al terminar, Jock empezó a disponer todo para hacer las necesarias observaciones. Ya había salido el segundo sol y la temperatura aumentaba por momentos. Todos se habían despojado de buena parte de sus ropas, quedándose únicamente con lo imprescindible. El joven estaba distribuyendo la labor, cuando, de pronto, cuatro o cinco tañidos enérgicos imperativos, estallaron en la cálida quietud de aquella mañana.

—¡Los hexaedros! —gritó alguien, y el grupo entero se precipitó fuera de la tienda.

—¡Se están moviendo de nuevo! —exclamó Cazenave.

En efecto, así era. Aquellos seres estaban girando nuevamente sobre sí mismos, al tiempo que se alejaban rápidamente en determinada dirección hasta perderse de vista. Repitieron la labor varias veces y hubieran continuado indefinidamente, si no hubiera sido porque Baunec, acercándose a uno de ellos, le lanzó un grito:

—¡Bueno, hombre; ya entendemos lo que quieres decir! ¡Ahora mismo levantamos el campo y te seguimos! ¿No es verdad, jefe? —se volvió hacia el joven.

Jock asintió.

—Están obrando de idéntica forma que cuando nos avisaron del inminente estallido del generador. Por mi parte, no tengo inconveniente en levantar el campo, siempre que, naturalmente, el resto del grupo esté de acuerdo.

Todo el mundo accedió. Después de la experiencia sufrida, no podían negar que aquellos seres sabían lo que se hacían y era conveniente obedecerles. Por otra parte, como si hubieran entendido las palabras de Baunec, dirigidas a ellos en un momento de buen humor, habían detenido sus movimientos, quedándose suspendidos en el aire, pero a una docena de metros más allá del lugar que habían ocupado hasta entonces.

Mientras levantaban el campamento, obrando con creciente rapidez, Petunia preguntó:

—¿Por qué querrán que les sigamos? La última vez nos amenazaba un peligro, pero ahora… ¿Cuál es tu opinión, Jock?

La mano del joven señaló hacia arriba, indicando los dos soles que derramaban cataratas de luz y calor sobre el lugar.

—Ése es el peligro, en mi opinión. Estoy seguro de que los hexaedros quieren conducirnos a regiones menos calurosas, y posiblemente también más acogedoras para nosotros y más propicias para nuestra vida. De momento, todavía queda humedad en el suelo, pero dentro de pocos días, este lugar será un infierno de calor.

Petunia asintió, dándose cuenta de lo razonables que eran las palabras

del joven. Las cinco personas trabajaron con ahínco y una hora más tarde todo estaba dispuesto en los transportes.

El orden de marcha, así como los puestos a ocupar, fue el mismo que habían traído a la llegada. Jock se dio cuenta de que la dirección indicada por los hexaedros se desviaba de la que ellos habían traído en unos cuarenta grados hacia su derecha y, antes de emprender la marcha, buscó papel y lápiz, levantando un pequeño gráfico del lugar, con objeto de construir una rudimentaria carta de navegación que más adelante pudiera servirle para orientarse.

Dada la señal de marcha, los dos vehículos comenzaron a deslizarse, precedidos por aquellos extraños seres, los cuales, de modo automático, regulaban su velocidad con la de los orugas, según éstos avanzaran más o menos, cosa que dependía de los accidentes del terreno. En cuanto podía, Jock pisaba el acelerador llegando en ocasiones a los setenta y aun ochenta kilómetros a la hora.

Durante largo tiempo, rodaron sin novedades apreciables. La temperatura dentro de la cabina era fácilmente soportable, merced a la climatización de su interior. Pero el termómetro exterior señalaba bastante más de 50º y era evidente que el ambiente debía ser el de un horno.

Sin embargo, ellos no la notaban.

Los hexaedros continuaban guiándoles imperturbablemente, sin variación alguna en su dirección, excepto cuando se topaban con algún accidente del terreno que podía impedir o estorbar el paso de los orugas. Entonces, ellos mismos se desviaban, buscando el mejor lugar para que los vehículos pudieran franquear el obstáculo con el mínimo de dificultades.

Al llegar la noche, los mismos hexaedros hicieron alto, como indicando a los terrestres que era allí donde debían acampar. Debido a la excelente temperatura, no hizo falta montar la tienda, bastando para ello únicamente extender los lechos de campaña, en los cuales pernoctaron, tras haber ingerido una sólida y substanciosa cena que reparó las fuerzas consumidas.

Tres días más tarde, a unos mil doscientos kilómetros de distancia del lugar de partida, habiendo recorrido un promedio de cuatrocientos diarios, Jock detuvo su vehículo. Ante él, los hexaedros se habían detenido también.

A lo lejos se veía una cadena de montañas de considerable altura,

cuyas cimas refulgían con blancos resplandores, cubiertas de nieve y hielo. El cielo era claro y límpido y la temperatura, en el exterior, había disminuido considerablemente.

—¿Por qué te detienes? —preguntó ella.

—Me gustaría que esos seres me lo aclarasen —dijo Jock, señalándolos con la mano—. Ellos son los que se han parado primero.

Durante unos momentos, estuvieron contemplándolos pensativamente, tratando de averiguar sus intenciones. De pronto, aquellos dos bloques de vidrio empezaron a estremecerse.

Esta palabra no era la más adecuada, puesto que no se movían. Lo único que sucedía era que una vez más las irisaciones hacían acto de presencia en su superficie, apareciendo y desapareciendo con suma rapidez.

—¿Nos estarán previniendo de algún peligro? —murmuró la muchacha, y en aquel momento, la lámpara piloto de la televisión empezó a oscilar. Los ocupantes del otro oruga estaban al alcance de la vista y, además, enlazados con ellos radialmente, de modo que no era presumible que fueran ellos los que solicitaban la comunicación. Profundamente intrigada, Petunia dio media vuelta al conmutador y en el mismo momento lanzó un grito.

—¡Mira, Jock!

El joven obedeció. En la pantalla se veían nuevamente aquellas figuras geométricas que percibieron anteriormente en la de la nave: triángulos, cuadrados, círculos, hexágonos, etc., todos ellos de distinto color y sucediéndose unos a otros con relampagueante rapidez, pero dejando, no obstante, entre uno y otro el espacio de tiempo suficiente para que pudieran divisarse claramente.

En aquel momento, el altoparlante de a bordo dejó oír, con toda claridad, la excitada voz de Almeida.

—¡Jock, se acerca una astronave!

CAPÍTULO VI

¡Ahora lo entiendo! —exclamó la joven—. Los hexaedros querían advertirnos de la proximidad de la nave.

—No —exclamó Jock de buen humor—; si a última hora, acabaremos por entenderlos. Bien —levantó la voz—, vamos a recibir a los tripulantes de la nave que se nos acerca, pero, por si acaso, estemos prevenidos. Petunia, fuera de la cúpula.

La muchacha obedeció. Jock saltó fuera, ayudándola a salir y luego se reunieron ambos con los tres restantes, agrupándose en tanto contemplaban las evoluciones de la astronave.

El aparato volaba por encima de ellos, a una altura de unos quinientos metros, describiendo una serie de círculos cada vez más pequeños. Jock se había provisto de un par de potentes binóculos y, llevándoselos a los ojos, escrutó con atención las singulares características de la nave.

Ésta era completamente distinta a la que vieran antes desde la «Lux». En síntesis, se componía de dos grandes discos, de unos cincuenta metros de diámetro por cinco o seis de grueso, situados el uno junto al otro, y unidos por una especie de tubo de gran longitud, de más de cien metros de largo por unos diez de diámetro, lo que daba al artefacto el aspecto de una mariposa o libélula de fantástica apariencia. Su metal brillaba refulgentemente, herido por los rayos de la estrella blanca de Capella, ya que la amarilla se había ocultado unos momentos antes, pero todo él era liso, sin la menor solución de continuidad, no advirtiéndose en la estructura del inmenso aparato ningún orificio parecido a lucernas o algo por el estilo que pudiera dar la sensación de seres vivientes a su bordo.

El aparato evolucionó durante unos minutos. Mientras tanto, Jock vigilaba continuamente a los hexaedros, advirtiendo en su superficie un incremento de las irisaciones, las cuales habían adquirido casi exclusivamente un color anaranjado. Echando mano de sus recuerdos, el joven llegó a la conclusión de que los cristaloides estaban irritados por algo que no podía él comprender, pero que, sin duda, se debía a la presencia de la astronave sobre sus cabezas.

Súbitamente, el aparato emprendió el descenso.

En un principio, pareció haber perdido el gobierno, porque cayó a plomo sobre aquel lugar, como si lo hubieran abatido, pero al llegar a unos diez metros de la superficie, frenó en seco la caída, terminando

luego de descender lentamente hasta quedar suspendido a un metro del suelo.

—Tened preparadas las pistolas —cuchicheó Jock—. No sabemos lo que puede salir de ahí dentro, ¿estamos?

Pasaron unos minutos de angustiosa tensión. Ésta se advertía flotando en el ambiente, casi palpándose. Las manos de los terrestres oprimían nerviosamente las culatas de sus pistolas térmicas.

De pronto, un agudo chillido estalló en la atmósfera. Fue una nota vibrante, de elevados tonos, que sacudió cruelmente los oídos de Jock y sus compañeros. Los hexaedros adquirieron un pronunciado color escarlata, sangriento, altamente siniestro.

En el mismo instante, una trampa se abrió en uno de los dos discos de la nave. La escotilla mediría cinco o seis metros de lado y por ella se derramó un turbión de hombres que echaron a correr aceleradamente hacia los terrestres.

—¡Nos atacan! —gritó Almeida.

—¡No disparéis hasta que estéis seguros de sus intenciones! —ordenó el joven—. Poneos a cubierto tras los orugas, ¡rápido!

Los cinco terrestres ejecutaron inmediatamente la maniobra propuesta por el joven. Desde su refugio, presenciaron inmediatamente la acción que siguió al desembarco de aquellos individuos.

Antes de que se iniciara el subsiguiente combate, Jock los observó detenidamente. Indudablemente, tenían apariencia humana, pero el color amarillo verdoso de su tez, sus cejas picudas y sus ojos tan oblicuos que más parecían producto de un hábil maquillaje que de su anatomía, y la feroz expresión de sus rostros, infundían una sensación de desagrado y repugnancia que a Jock y sus compañeros les era imposible de disimular.

Aquellos individuos, en número de un centenar, o quizá más, iban todos ellos equipados con pesadas armaduras de un metal que refulgía esplendorosamente, cubriendo todos sus miembros, pero, al mismo tiempo, permitiéndoles libre uso de los mismos. Como armas llevaban una especie de fusiles cortos y gruesos, cuya utilidad, de momento, no supo ver el joven.

Apenas hubieron aparecido aquellos individuos, los hexaedros comenzaron a emitir una serie de notas chirriantes, llenas de una

estridente discordancia. El color rojo que habían adquirido vibraba rápidamente, perdiendo y adquiriendo intensidad en cortísimos períodos de repetida frecuencia.

Los guerreros, pues tal parecían, desembarcaron lanzando espantosos aullidos, al mismo tiempo que blandían amenazadoramente sus fusiles. Recorrieron velozmente el espacio que les separaba de los hexaedros, pero antes de que los pudieran alcanzar, una serie de notas agudas y vibrantes estalló por encima del griterío.

Estupefacto, olvidándose del indudable riesgo que corrían, Jock contempló fascinado, al igual que el resto de sus compañeros, la increíble escena que se estaba desarrollando ante sus ojos, a unos veinte metros de distancia como máximo.

Cada vez que estallaba alguna de aquellas notas, un guerrero caía traspasado de lado a lado, pese a la indudable reciedumbre de su armadura, por una larga astilla de vidrio, que se desgajaba de los hexaedros con fulmínea rapidez.

Diez, veinte guerreros cayeron al suelo, revolcándose en su propia sangre, sin que los demás dieran señales de amainar en su ataque. El suelo quedó cubierto de cuerpos rotos y sangrantes, de tal forma que parecía se había desarrollado allí una batalla de singular ferocidad.

El corazón de los terrestres latía violentamente ante la presencia de aquel espectáculo que se estaba desarrollando a tan corta distancia de ellos. Sin embargo, por el momento, parecía que el ataque no era dirigido contra ellos, sino más bien contra los cristaloides, los cuales continuaban despidiendo dardos imperturbablemente, abatiendo cada vez que soltaban uno a un guerrero, de manera segura y fulminante.

El combate cesó cuando hubo caído la mitad de los efectivos de la fuerza atacante. Reagrupándose, los guerreros retrocedieron unos pasos, conversando entre sí, indiferentes, al parecer, al espeluznante aspecto que ofrecía el suelo, literalmente sembrado de cadáveres.

—¿Vendrán ahora por nosotros? —preguntó Baunec, deglutiendo sonoramente.

—Yo creo —murmuró el joven—, que nosotros somos precisamente el objetivo de esos bárbaros.

—¿Sugieres que los hexaedros nos están protegiendo, Jock?

Éste asintió con la cabeza. Iba a hablar, pero no pudo.

Los guerreros de ojos oblicuos desencadenaban en aquel momento otro ataque. Pero ahora no se lanzaban a pecho descubierto como antes, sino que, formando un piquete de dos o tres hileras, se llevaron el rifle a la cara, apuntando con gesto unánime.

—¡Cuidado! —gritó Jock—. ¡Agachaos!

Él dio el consejo, pero no lo siguió del todo, fascinado, atraído a su pesar por la innegable curiosidad que le inspiraba el espectáculo. Y, en verdad, tenía mucho que mirar.

Los guerreros dispararon a una sus extraños fusiles. No se oyó detonación alguna, a pesar de que cada arma emitió un fogonazo de intolerable blancura.

La descarga se dividió en dos, concentrándose ambas en cada uno de los hexaedros. Un torrente de luz blanca cayó sobre aquellos gruesos vidrios, sepultándolos bajo la catarata de sus rayos.

Bruscamente, Jock sintió un golpecito suave a la altura de su pecho, en el bolsillo de la camisa. Por un momento temió haber sido herido, pero la ausencia de sangre así como de dolor, pronto disipó sus temores. Y, por otra parte, su atención fue desviada nuevamente por la lucha que se desarrollaba frente a ellos.

Los fusiles continuaban liberando descargas de blanquísima luz sobre los hexaedros. Éstos, como si hubieran sido cogidos por sorpresa, perdieron por unos instantes su roja coloración, palideciendo notablemente.

Luego volvieron a enrojecerse y despidieron aún unas cuantas astillas de vidrio, que derribaron sin vida a igual número de guerreros. Pero el resto, impertérrito, cerró filas y continuó manejando sus rifles.

Bruscamente, un enorme tañido resonó en la atmósfera. El volumen que alcanzó aquel sonido fue tal que los tímpanos de Jock y sus compañeros sufrieron una fuerte y dolorosa sacudida. Baunec, incapaz de soportar el dolor, se revolcó por el suelo, lanzando agudos alaridos. Por su parte, Petunia se oprimió las orejas con ambas manos, tratando así de mitigar los dolores que sentía en la región afectada.

En cambio, Jock llegó casi a olvidarlos, viendo lo que sucedía. Ante las descargas de luz, los hexaedros empezaron a reducirse de tamaño, hasta que, de súbito, con un gran chispazo que le obligó a cerrar los ojos a causa de su enorme intensidad, los vio desaparecer por completo.

Una especie de desánimo invadió su espíritu. Al joven le pareció que habían perdido a su genio protector y que, a partir de aquel instante, las cosas les iban a rodar muy mal. Y, efectivamente, sus presentimientos no tardaron en cumplirse.

Aquellos extraños personajes, libres ya de la amenaza que suponía para ellos la presencia de los hexaedros, avanzaron hacia ellos, fusil en ristre, observándolos cautelosamente, como si temieran alguna reacción por parte de los terrestres.

—Los vidrios desaparecieron, Jock —dijo Almeida, consternado.

—Ya lo he visto —repuso el joven.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Cazenave.

Jock vaciló. Ignoraba las intenciones de aquellos individuos, pero tampoco se atrevía a entablar una lucha contra ellos, temeroso lógicamente de los efectos de aquellas armas cuyo poder, tan grande, había conseguido destruir, al parecer, los indestructibles hexaedros. Para cuando quiso tomar una decisión, ya el grupo estaba rodeado por completo y todos sus miembros encañonados desde una distancia de media docena de metros como máximo.

Uno de aquellos individuos, en cuya armadura se divisaban unos extraños signos que no se advertían en el resto, les gritó algo en un idioma que no pudieron comprender. Pero las señas que les hacía sí eran fácilmente inteligibles.

—Parece que nos conminan a rendirnos —observó Baunec.

—¿Qué hacemos, Jock? —inquirió Petunia.

—Creo —murmuró lentamente el joven—, que lo mejor será entregarnos sin resistencia. De momento, no parece que vayan a hacernos daño alguno. De haberlo deseado, ya nos hubieran acribillado, como lo hicieron con los hexaedros.

—Esto no me gusta un pelo —farfulló Baunec—. Yo... —y sin más, levantó la mano armada.

En aquel momento, uno de los guerreros se echó el rifle a la cara. Apuntó rápidamente y disparó.

Hubo un gran fogonazo de luz y acto seguido, Baunec lanzó un agudo grito, al mismo tiempo que, soltando la pistola que no había tenido

tiempo de utilizar, se frotaba la mano.

—¡Diablos! —se quejó—. Esto quema.

—No lo debieras haber hecho —comentó el joven, quien, sin añadir palabra, tiró su pistola al suelo, delante de sus pies.

Los demás le imitaron en el acto. Entonces, el jefe de aquellos guerreros se destacó y avanzó hasta situarse a un metro de distancia del joven, observándole detenidamente.

Jock soportó estoicamente la inquisitiva mirada de aquel individuo, cuyo aspecto continuaba siendo repelente. De pronto, la mano del guerrero se movió.

Jock consiguió dominar sus nervios hasta el extremo de no mover un solo músculo de su rostro. La mano del guerrero palpó sus ropas y luego la piel del brazo que estaba al descubierto, en tanto que sus ojos escrutaban con suma atención todas las particularidades anatómicas del joven así como el equipo que éste llevaba puesto.

El examen duró unos minutos, al cabo de los cuales el guerrero lanzó un grito. Sus hombres, inmediatamente, con una disciplina evidentemente fruto de un largo entrenamiento, formaron dos filas a ambos lados de los terrestres.

—Vamos a conocer —comentó amargamente Baunec—, a qué sabe el pan del cautiverio.

—Suponiendo que haya pan, que todo es preciso tener en cuenta —añadió Almeida.

—Por lo menos, que no abandonen nuestros víveres —sugirió la muchacha—. ¿Qué comerán estos tipos?

—Espinacas, seguramente. ¿No los estás viendo, chica? —dijo Cazenave con desdeñoso acento.

El jefe de los guerreros se señaló a sí mismo con el índice y dijo:

—Ur-Shon.

Luego apoyó la mano en el pecho de Jock, enarcando las cejas. El joven comprendió la pregunta y dijo:

—Tierra —al mismo tiempo que se señalaba a sí mismo.

Una débil sonrisa apareció en los labios del guerrero.

—Tierra —repitió. Después, volviendo a señalarse, exclamó—: Shonitt.

—¿Shonitt?

Jock comprendió. Primero, aquel individuo le había dicho el nombre de su planeta y después el suyo propio. Había pues, Ur-Thon, que era el de Keddya; Ur-Qon, el de los hexaedros y ahora Ur-Shon, sin duda el lugar de donde venía Shonitt.

Éste esperaba la respuesta.

Llevándose la mano al pecho, dijo, a guisa de presentación:

—Jock —y lo repitió un par de veces, hasta que Shonitt lo hubo comprendido.

—Jock —repitió éste.

Después de esto, Shonitt quiso saber los nombres de los otros cuatro. Jock se los dijo, repitiéndolos el guerrero varias veces hasta aprendérselos de memoria. Un par de veces miró a Petunia con bastante descaro, haciendo enrojecer vivamente a la muchacha e incluso provocando un cáustico comentario de Baunec.

Dijo:

—Le has chiflado, Petunia. Está lo que se dice muertecito por tus huesos.

—¡Cállate, imbécil! —murmuró ella, muy violenta y molesta.

Después de que Shonitt hubo conocido los nombres de sus prisioneros, extendió la mano y, al mismo tiempo que hablaba en su lenguaje, les señaló la astronave. Acto seguido les indicó los soldados, que permanecían impávidos, y esto hizo comprender al joven que, pese a su aparente amabilidad, Shonitt no estaba dispuesto en modo alguno a permitirles el menor gesto de rebeldía.

Jock asintió con la cabeza.

—Entiendo —dijo, y por señas le indicó que deseaba llevasen el contenido de los transportes a la nave.

—¿Me entiendes tú? —dijo sin sonreír.

Shonitt asintió. Ladró un par de órdenes y un grupo de guerreros, colgándose del cuello los rifles, empezó a descargar los orugas, cogiendo los bultos y llevándolos a la nave que continuaba inmóvil en el mismo sitio.

Trabajaban con rapidez.

Mientras tanto, Shonitt hizo señales de que debían emprender la marcha. Jock asintió y, tomando el brazo de Petunia, echó a andar, seguido por sus compañeros.

No tardaron en llegar a la astronave. Unos minutos más tarde se encontraban en la escotilla de acceso. Si sentían algún temor, la curiosidad podía más que cualquier otro sentimiento al darse cuenta de que iban a penetrar en una astronave no construida por manos terrestres. Alguien bajó una corta escala para permitirles la comodidad en el acceso y acto seguido, los prisioneros, uno tras otro, penetraron en la nave. Todos estaban inquietos.

Pero si esperaban ver algo nuevo, fantástico o sorprendente, se llevaron un gran chasco porque a continuación de la cámara de acceso, que no ofrecía nada de particular, pasaron a un largo y estrecho corredor, de forma casi tubular y paredes completamente lisas que no dejaban ver absolutamente nada del interior de la nave. Continuaron la marcha.

Veinte metros más allá, el corredor concluía en un muro liso en apariencia que lo cortaba en forma perpendicular. Súbitamente, el muro se deslizó a un lado, permitiendo ver una espaciosa cámara en la cual había dos personas, sentadas en el borde de sus respectivas literas.

Por un momento, los terrestres se detuvieron. Los guerreros empujaron a los cautivos, con el gesto y con la voz, haciéndoles penetrar en la estancia a trompicones. Después, la puerta se cerró a sus espaldas con seco chasquido.

Los siete personajes se miraron. Las dos personas que había en la cámara se levantaron muy despacio, con el mayor de los asombros pintado en sus rostros. Y, por su parte, los terrestres recibieron una gran sorpresa al reconocer en sus compañeros de cautiverio a la bellísima Keddya y a su compañero.

Los terrestres se miraron entre sí. Durante unos segundos, los dos grupos permanecieron mirándose mutuamente, sin reaccionar a causa de la estupefacción que les embargaba. Después, Keddya sonrió y

avanzando hacia el joven, le alargó la mano. Él sonrió.

Jock la tomó, sintiendo que inmediatamente una descarga eléctrica le recorría todo el cuerpo. Sonrió también a Keddya, pero no se atrevió a hablar, sabiendo que, no teniendo a mano los hexaedros, la palabra hablada no les servía como medio de comunicación.

Se limitó a mirarla con simpatía. El silencio fue roto bruscamente por una sonora exclamación de Cazenave.

—¡Bueno, quién lo dijera; encontrarnos con esta pareja a bordo de la nave! ¿También vosotros sois prisioneros?

Ninguno de los dos le contestó. Keddya le miró extrañada. Luego volvió su vista a Jock, el cual lamentó mas que nunca no poder entenderse con la hermosísima joven. Se devanó los sesos tratando de hallar una solución para poder entenderse unos con otros, pero no lo consiguió, por más que lo intentó.

Sus compañeros pensaban en lo mismo.

—Tendremos que hacer algo para entendernos con ellos, ¿no es así, Jock? —preguntó Almeida, y el joven asintió.

Dijo:

—Desde luego, pero no veo...

Se interrumpió súbitamente porque la joven, con gesto brusco, le había puesto la mano sobre el pecho. Inmediatamente, Keddya lanzó un agudo grito de sorpresa.

—¿Qué te ocurre? —preguntó el joven, extrañado por aquella actitud.

Keddya señaló el bolsillo de la camisa del joven. Jock, muy extrañado, se lo miró y dijo:

—¿Aquí? Si no tengo nada, Keddya. Yo...

De repente, una súbita sospecha invadió su mente. Recordó el momento del combate de los hexaedros contra los guerreros de ojos oblicuos y recordó también el instante en que sintió el golpecito en el pecho, cosa que, con la emoción de los sucesos ocurridos después, había llegado a olvidar.

Tanteó el bolsillo de la camisa por fuera, advirtiendo un objeto duro en su interior. Transpirando copiosamente, muy pálido, Jock metió

allí dos dedos, sacándolos en el acto con un objeto sujeto por ambas yemas.

Todo el mundo lanzó un unánime grito al ver el objeto que Jock sostenía en alto y que no era otra cosa que un minúsculo hexaedro, de unos cinco centímetros de largo por dos y medio de grueso, tan puro y transparente como los grandes que fueran destruidos media hora antes.

CAPÍTULO VII

Caramba, Jock! —exclamó Almeida—. ¿De dónde has sacado ese retoño?

El joven movió pensativamente la cabeza.

—No he sido yo, sino alguno de los hexaedros, poco antes de desaparecer. Entonces sentí un golpecito, pero con la emoción de lo que estaba sucediendo, no le concedí importancia alguna.

Todos lo miraban con curiosidad.

—¿Canta éste? —preguntó humorísticamente Baunec.

—Por lo visto no, todavía no ha aprendido —repuso Jock en el mismo tono.

Pero de repente, volvió a recordar que tenía a Keddya ante sí y, tomando la mano de la muchacha, la colocó sobre el diminuto trozo de vidrio, al mismo tiempo que él hacía lo propio.

Inmediatamente formuló una pregunta.

—¿Puedes entenderme, Keddya?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, Jock. Te comprendo perfectamente.

Con aire jubiloso, Jock se volvió hacia sus compañeros.

—Muchachos, de momento está solucionado el problema del entendimiento con nuestros compañeros de cautividad.

Petunia se acercó, incrédula, a la pareja.

—¿Quieres decir que poniendo la mano sobre esa cuenta de collar puedes comprender lo que dicen?

—Por supuesto. ¿Quieres hacer tú una prueba?

La muchacha vaciló, pero acabó por acceder. Cambió unas cuantas frases con Keddya, mas no tardó mucho rato en separarse, meneando la cabeza.

—Está bien, pero no me gusta —dijo—. Me agrada más el método directo.

Jock se echó a reír. Luego señaló al otro individuo, un hombre joven y apuesto, que los estaba contemplando con mal disimulada expectación.

—¿Por qué no lo usas con el caballero, Petunia? ¿Qué mejor ocasión que ésta para empezar las clases de idiomas?

La muchacha arrojó una mirada oblicua hacia la pareja, que continuaba con las manos unidas sobre el cristal. Sonrió con aire malévolo y se fue hacia el otro, comenzando inmediatamente a hablarle muy lentamente, con el fin de hacerse comprender mejor.

Mientras tanto, Almeida dijo:

—Jock, puesto que parece que tú y la chica sois la mar de amigos, ¿por qué no le pides que nos cuente lo que les ha sucedido? Estamos muertos de curiosidad, ¿sabes? Tú le preguntas, ella contesta y después nos lo traduces, ¿eh?

Jock asintió y mientras hablaba con Keddya, repetía luego en su idioma las palabras que ella le había dicho a través del hexaedro y que, no comprendiéndolas auditivamente, las entendía, sin embargo, dentro de su cerebro con toda perfección. Así se enteró de que la nave en que viajaba Keddya había sido atacada por algunos hexaedros, criaturas de constitución y apariencia mineral, pero dotadas de una inteligencia realmente fantástica, las cuales se habían desarrollado de tal modo que podían recorrer gigantescas distancias en brevísimo espacio de tiempo y por sus propios medios, cosa que el joven no había dejado de comprobar por sí mismo.

—Viven principalmente —continuó Keddya—, en Ur-Qon, pero también hacen incursiones por los otros planetas, generalmente en lo que podríamos llamar viaje de estudios.

—¿Y todas tienen la misma forma de pirámide?

—Oh, no; adoptan todas las formas concebibles, la esfera incluida, no faltando algunos que no son más que, en apariencia, una lámina poligonal o circular. Sin embargo, la forma más corriente es la que vosotros conocéis.

—Por lo visto, deben de poseer algún poder extraordinario, porque son capaces de disparar astillas que matan a los hombres fulminantemente.

—Son trozos de su propio cuerpo que ellos desprenden a voluntad, recuperándolos luego.

—Vamos, como si para dar una bofetada yo arrojara mi mano a diez metros de distancia y luego la llamara con un silbido para que volviese a unirse al brazo.

Keddya rió argentinamente al escuchar la gráfica comparación que hacía el joven. Asintió.

—Más o menos, eso es lo que sucede, Jock —dijo.

Éste continuó con su interrogatorio.

—¿Por qué os atacaron?

El rostro de la joven se nubló.

—Es largo de contar, Jock. En cierto modo, nosotros tuvimos la culpa, por haber efectuado un aterrizaje en su planeta. Son muy celosos de su aislamiento y…

—Pero se presentaron en nuestra nave sin previo aviso. Bueno, sin previo aviso no, porque cuando los vimos por primera vez, ya hacía un par de meses que habían dado señales de vida, emitiendo esas notas musicales que al parecer constituyen su lenguaje.

—Así es, y éste es el modo que utilizan para comunicarse con los demás habitantes de los sistemas de Capella. No obstante, hay que estar muy bien entrenado para comprenderles.

—¿Tú les entiendes, Keddya?

—Sí, y mi compañero Shedon también. Y Zalos, el muerto, comprendía asimismo el lenguaje de los hexaedros.

—Pero a Zalos le mataron. ¿Por qué?

—Los hexaedros tienen muy desarrollado el sentido de la justicia estricta. En cierta ocasión, Zalos había destruido a unos cuantos de sus congéneres mediante unas fuertes descargas de luz sólida, única arma que puede combatirles eficazmente, emitiendo chorros concentrados de luz cuya longitud de onda es cortísima, aparte de vibrar varios centenares de miles de veces por segundo. Aún así, tardan bastante en morir; pero Zalos lo había hecho en distintas ocasiones, sólo por comprobar la efectividad de sus armas. Cuando uno de los hexaedros muere, el resto lo sabe inmediatamente y sabe también quién es el que lo ha hecho. Si la cosa ha acaecido sin suficiente motivo, y por regla general es así, los demás aguardan la ocasión propicia y entonces castigan la muerte de su compañero. Ya visteis lo que le sucedió a Zalos —concluyó Keddya.

Jock miró fijamente a la muchacha, encontrándola cada vez más hermosa.

—Con nosotros —dijo— se portaron muy bien. Nos salvaron la vida.

Keddya asintió.

—En efecto, tienen muy desarrollado el sentido de la protección a todos los seres, cosa que pueden hacer por estar dotados de tan altos poderes. Podéis estar seguros de que a estas horas todos los habitantes de Ur-Qon están enterados de lo que os ha sucedido y os conocen tan bien como si os estuvieran viendo aquí mismo, en este lugar.

—Ahora recuerdo —musitó el joven— que cada vez que nuestro capitán soltaba una frase inconveniente, los hexaedros se irritaban. Bien, no deja de ser un consuelo el saber que nos conocen tan profundamente en Ur-Qon, pero ese planeta debe de estar muy lejos, ¿verdad?

—Para los hexaedros, las distancias entre los planetas de nuestro sistema son cortas siempre —repuso Keddya—. De todas formas, los hombres que nos han apresado, los de Ur-Shon, también son muy inteligentes y han aprendido a defenderse eficazmente de los hexaedros. Desde su nave rechazarán fácilmente todos los ataques de éstos, cosa que nosotros, los de Ur-Thon, no pudimos hacer.

—Entonces, os atacaban a causa de Zalos.

—Así es, e hirieron o mataron a todo el que trató de defenderle. Por eso nos vimos obligados a pediros auxilio para curar a nuestros heridos. Pero viendo que estaban con vosotros los hexaedros, decidí marcharme y arreglármelas con los elementos de a bordo. Poco tiempo después aparecieron los de Ur-Shon y, debilitadas nuestras fuerzas, poco pudimos hacer para defendernos. Shedon y yo —concluyó la muchacha— somos los únicos que sobrevivimos.

Jock asintió. Luego preguntó:

—¿Nos lleva esta nave a Ur-Shon, Keddya?

—Sí. Vamos allí... y mejor hubiera sido morir en el combate.

Jock lanzó un respingo.

—¡Caramba! ¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Tan mala es la suerte que nos espera?

Keddya asintió.

—Los de Ur-Shon son sanguinarios por naturaleza y nacen, viven y mueren combatiendo. No conceden ninguna importancia a la vida humana y, por el contrario, gozan y se divierten derramando la sangre de sus semejantes.

—¡Pues vaya unos pájaros! —comentó el joven, desagradablemente sorprendido. Luego exclamó—: Sin embargo, ellos no nos hicieron daño alguno.

—Tampoco a nosotros —contestó Keddya—, como puedes ver. Pero esto no significa otra cosa sino que nos guardan para sus diversiones en Ur-Shon.

—No puedo creerlo —meneó enérgicamente la cabeza el joven—. No puedo creer —repitió— que unos hombres cuya civilización, a juzgar por lo que estamos viendo, es tan adelantada, sean capaces de disfrutar viendo sufrir a uno de sus semejantes.

—Mal que te pese —reafirmó Keddya—, así es, Jock. Y muy pronto tendrás ocasión de comprobarlo, quizá en tu propia carne.

Las mandíbulas del joven se apretaron.

—Los de Ur-Shon podrán ser salvajes, pero si nos dejan sueltos a los terrestres, no nos quedamos atrás. Por lo menos, cuando de defender

la vida se trata. En nuestro planeta no suceden estas cosas, aunque no niego que en el pasado ocurrieran. Pero siempre fue realizado por seres carentes de sensibilidad y sentimientos civilizados. A nadie se nos ocurriría ahora organizar un espectáculo a base de las torturas de un ser humano, como deben de hacer en Ur-Shon. Que se metan con nosotros y verán lo poco agradable que les resulta nuestra respuesta.

Keddya miró lastimeramente al joven.

—¿Qué podrás hacer? ¿Qué podemos hacer nosotros, inermes, contra los de Ur-Shon? No tendremos otro remedio que resignarnos con nuestro destino.

—¿Y en Ur-Thon? ¿No están enterados de tu desaparición? ¿Qué hacen que no organizan una expedición para liberaros?

Keddya meneó la cabeza con aire pesimista.

—En Ur-Thon —contestó— somos eminentemente pacíficos, aunque siempre haya excepciones como Zalos. Nuestros medios ofensivos son muy inferiores a los de Ur-Shon y cualquier intentona para liberarnos terminaría en la más espantosa de las catástrofes.

Como Jock iba traduciendo cuidadosamente las respuestas de Keddya, sus compañeros se enteraban puntualmente de la conversación. Las noticias que les transmitía la muchacha, naturalmente, no podían menos de impresionarles desfavorablemente, y así lo expresaron en voz alta los tres hombres.

Jock trató de calmar los excitados comentarios de Almeida, Cazenave y Baunec.

—Un poco de silencio, por favor, muchachos —les pidió—. Todavía no nos ha sucedido nada. No nos conviene en absoluto dejarnos llevar por los nervios; si lo hacemos así, estamos perdidos.

—Y si no lo hacemos, ¿qué, quieres contestarme? —preguntó Almeida con ojos llameantes—. ¿Es que piensas que yo voy a dejarme arrancar la piel a tiras sólo para que se diviertan estos monos de piel verde?

—¡Por favor, calma! —pidió el joven imperativamente, en tanto Keddya asistía interesadísima a la excitada conversación—. En efecto, estamos prisioneros de estos individuos, los cuales, por el momento, no han podido por menos de portarse bien con nosotros.

—Oh, claro —exclamó Baunec mordazmente—; también los caníbales

engordan a sus víctimas antes de hervirlas en la caldera.

Jock no contestó. Volvió la vista hacia la muchacha y le preguntó:

—¿Qué posibilidades estimas tú tendría un intento de apoderarnos de esta nave?

—Muy pocas, francamente.

—Muy pocas quiere decir que hay alguna —exclamó el joven con aire resuelto—. Ahora bien, si lo consiguiésemos tendríamos que salvar una dificultad: el manejo de la nave. ¿Lo conoces tú o tu compañero Shedon?

Ella asintió con firme gesto.

—Muy bien —continuó Jock—; esto es lo que más nos interesa ahora. ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a Ur-Shon?

Ella citó una cifra. Jock hizo una mueca.

—Demasiado tiempo. Esta nave es muy lenta, Keddya.

Ella explicó:

—Es que está construida únicamente para distancias interplanetarias, Jock.

El joven frunció el entrecejo, pensando intensamente.

—Bueno —exclamó—, quizá sea así mejor. De esta manera podremos estudiar a conciencia las costumbres de nuestros guardianes y buscarles el punto flaco para lanzar el ataque con un máximo de posibilidades de éxito. Según dices tú, queda un mes todavía para llegar a Ur-Shon. Bien, en este tiempo pueden pasar aún muchas cosas, ¿no crees?

Una débil sonrisa apareció en los rojos labios de la muchacha.

—Me agrada mucho tu valor y tu resolución, Jock. Confieso con toda franqueza que a uno de nosotros, en estas condiciones, no se le ocurriría luchar.

—¿Se resignaría a dejarse arrancar el pellejo, verdad? Pero es que estos tipos no saben todavía las cosas de que es capaz un terrestre... cuando le pisan un callo. Y a nosotros, si es verdad lo que nos has dicho, ¡acaban de pisárnoslo!

Permanecieron silenciosos un momento; después, el joven preguntó por algo que le había intrigado profundamente en anteriores ocasiones, y que no era otra cosa que las extrañas imágenes que había visto formarse en las pantallas de televisión.

—Esos son los medios de que nos valemos para comunicarnos en el espacio.

—Entiendo; vuestro lenguaje gráfico como si dijéramos, ¿no?

Ella asintió. Después y durante un buen rato, el diálogo continuó, hasta que el ansia de saber del joven quedó casi satisfecha.

Más tarde, Jock se dedicó a estudiar el interior de su encierro. La cámara era grande y espaciosa, y en ella había literas suficientes para todos no careciendo de ciertas comodidades que harían más llevadero el encierro que se presentía largo y tedioso.

Mientras examinaba detenidamente el lugar en que se hallaban, la mente del joven no cesaba de funcionar, tratando de encontrar alguna solución para el grave problema en que se hallaba. De momento no la encontró, pero, fiando en las palabras de Keddya, confió en hallarla a tiempo. «Cualquier cosa, se dijo, antes de permitir que nos torturen sin anestesia».

El tiempo fue transcurriendo lentamente. Por unos breves estremecimientos del suelo, supieron que la nave había despegado, pero, aislados totalmente del exterior, no pudieron ver nada ni tampoco calcular la velocidad del artefacto.

Más tarde, de un modo inesperado, la puerta se deslizó a un lado. Shonitt penetró en la estancia, seguido por una pareja de sus esbirros y se quedó mirándoles fijamente antes de empezar a hablar.

Para hacerlo se dirigió a Keddya. La muchacha escuchó unos momentos y luego, con los ojos centelleantes por la indignación, contestó algo que, sin duda, no debió de agradar al individuo de los ojos oblicuos.

Éste avanzó hacia la muchacha. Jock, entonces, apretando los puños, se interpuso entre ambos, mirando fijamente a Shonitt.

—No entiendo vuestro idioma, Keddya —exclamó—. Pero tú sí y me vas a hacer el favor de decirle a este mono con coraza que si te toca el pelo de la ropa, le volveré del revés a puñetazos.

La muchacha extendió el brazo.

—Por favor, Jock, déjalo. Shonitt no quiere hacernos daño de momento. Solamente se ha limitado a decirnos que nos lleva prisioneros a Ur-Shon y al protestarle yo, se ha molestado un poco.

—¡Jefe! —gritó Cazenave—. ¿Por qué no le dice a ese piel de rana que nos traiga algo de comer mientras tanto? Yo me estoy muriendo de hambre.

—¡Déjate de tonterías! —bufó el joven, molesto. Luego se volvió hacia Keddya—. Dile que si nos va a tener aquí todo el tiempo.

—No es necesario preguntárselo; ya lo decidió anteriormente.

—Bien, entonces...

Pero Jock fue interrumpido por un chorro de palabras de Shonitt, el cual hablaba muy rápidamente, dirigiéndose a la muchacha, pero señalando al mismo tiempo a los terrestres. Al terminar, dio media vuelta de modo brusco y se alejó rápidamente.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos, Jock miró a Keddya con aire inquisitivo.

Ella explicó:

—Dice que respecto a vosotros no puede predecir la suerte, puesto que ello lo tiene que resolver su rey, debido a que sois nacidos en un sistema completamente desconocido para los de Capella. Pero en cuanto a nosotros...

Se interrumpió.

Jock no pudo saber el final de la frase de Keddya, porque, en aquel instante, notó un súbito cosquilleo en la mano.

Keddya también lo advirtió. Los dos miraron simultáneamente el pequeño hexaedro que les servía de enlace para su conversación, advirtiendo en el vidrio un extraño brillo.

—¿Qué le ocurrirá? —empezó a preguntarse el joven, con extrañeza, y en aquel momento ocurrió algo raro.

El hexaedro se despegó de su mano, elevándose a la altura de sus ojos, en donde permaneció unos momentos, girando lentamente sobre sí mismo. Jock y los demás contemplaron los movimientos de aquel

extraño ser, profundamente intrigados, preguntándose, interesados, qué era lo que iba a suceder a continuación.

No tuvieron que esperar mucho tiempo para saberlo. Bruscamente, emitiendo una especie de suave campanillazo, de argentino sonido, el hexaedro desapareció, esfumándose de la vista de los cautivos como si jamás hubiera existido.

Se miraron unos a otros.

Durante un momento, un consternado silencio reinó en aquella cámara. Después, con lloroso acento, Petunia resumió en dos palabras los comunes sentimientos de todos los presentes.

—¡Se fue!

Luego, el silencio se expandió de nuevo en el ambiente.

CAPÍTULO VIII

Miró Jock a sus compañeros uno por uno en silencio. Después, preguntó:

—¿Estamos enterados ya todos de cuál es nuestro respectivo papel?

La respuesta fue unánime, más con el gesto que con la voz. Incluso Keddya y Shedon le habían entendido, pues durante todo el tiempo que había transcurrido unos y otros se habían dedicado, aparte de a planear un plan de fuga que pudiera tener un mínimo de posibilidades de éxito, a enseñarse mutuamente los secretos de sus idiomas respectivos. No teniendo otra cosa que hacer y habiéndose dedicado a la labor con ahínco, los frutos obtenidos habían sido muy estimables y en el momento presente los terrestres y los de Ur-Thon se entendían de un modo precario pero aceptable, que podía solucionarles cualquier necesidad de intercambiar impresiones o sugerencias.

Según los cálculos de la muchacha, estaban ya a punto de llegar a Ur-Shon. Si los habitantes de este planeta eran tan feroces como Keddya había prometido, era evidente que sus horas estaban contadas. Pero ninguno de los cautivos estaba dispuesto a entregarse sin haber

agotado todas las probabilidades de vivir, y las ardientes palabras de Jock habían inflamado todos los espíritus, insuflando en ellos un vivo espíritu de lucha que tendría que darles, por poco bien que les rodaran las cosas, la ansiada libertad.

No ignoraba el joven las dificultades que se iban a oponer a su intentona. En primer lugar, eran sólo siete contra más de cincuenta, juzgando por los que habían visto desembarcar de la nave en el momento del combate con los hexaedros. Después, los de Ur-Shon estaban armados mientras que ellos no poseían sino sus manos y, por último, desconocían por completo la estructura interna de la nave, cosa que quedaba compensada por la presencia a su lado de Keddya y Shedon, los cuales habían manifestado saber el manejo de aquel aparato.

Ésta era la única ventaja que poseían, si llegaban a triunfar. En caso contrario, el joven se había hecho la reflexión de que, cuando menos, no llegarían a torturarles. Morirían en combate, lo que no dejaba de ser un consuelo, no muy agradable por cierto, pero al menos sabían que, en tal caso, su muerte sería rápida y con un mínimo de sufrimientos.

Durante aquel mes habían estado estudiando minuciosamente las costumbres de los tripulantes de la nave. Shonitt no se había dejado ver más desde que los atrapasen y los únicos que habían hecho acto de presencia en aquel lugar eran los encargados de llevarles, una vez por día, los alimentos necesarios para subsistir, los cuales, por cierto, eran procedentes de la despensa de la destruida «Lux». Dos hombres aparecían cargados con sendas bandejas a una hora fija, dejándolas allí y llevándose las que habían traído el día anterior. No hablaban ni comentaban nada, limitándose estrictamente a realizar su labor en el mínimo de tiempo posible.

Era un acto desesperado el que iban a realizar y Jock lo sabía, pero no podían aguardar ya más. Los de Ur-Shon les habían respetado sus efectos personales y el joven, por su cronómetro de pulsera, había estado computando el tiempo. Veintinueve días llevaban ya en el encierro y si las cosas eran tal como las pintaba Keddya, debían de estar llegando ya al planeta de destino.

Los siete rostros expresaban decisión y ánimo de luchar. Dentro de pocos minutos se correría a un lado el mamparo y los dos hombres penetrarían con las bandejas de comida. Éste sería el momento de iniciar la lucha.

El tiempo pasó con agónica lentitud. El silencio era absoluto, tanto que Jock pudo oír claramente el tic-tac de su reloj. Unos y otros se miraban, sin atreverse a hablar, algunos de ellos humedeciéndose los resecos labios con la lengua con un gesto puramente nervioso, maquinal.

Jock miró una vez más el reloj. Había estado, durante todo aquel tiempo, comprobando los movimientos de sus custodios. Éstos eran puntuales de manera muy estricta. ¿Por qué, hoy precisamente, habían de retrasarse?

Pero no, no había tal retraso. El mamparo se abría. Por un momento, Jock estuvo tentado de reírse de sí mismo. Los portadores de la comida habían aparecido con un retraso de quince segundos.

Pero el momento no era para entregarse a la broma. La hora de la acción había sonado ya.

Los dos guardianes penetraron confiadamente en la cámara. Frente a la puerta estaban las dos mujeres y tres de los hombres: Cazenave, Baunec y Shedon. A ambos lados de la misma, de tal modo que era imposible verlos hasta que se había franqueado el umbral, se habían situado Jock y Almeida.

En el momento en que los dos esbirros atravesaban bajo el dintel, dos pares de manos tiraron de sus gargantas hacia los lados. Obrando con simultáneo gesto, Jock y el tercer oficial de la «Lux» atrajeron hacia sí a sus custodios, apretando fuerte para impedirles gritar.

Al mismo tiempo, los otros tres hombres saltaban hacia adelante, tomando en el aire las bandejas sin permitirlas caer al suelo, evitando de esta manera producir ruido. Las dos mujeres se hicieron cargo de las mismas, después de lo cual los hombres se dedicaron a ayudar a Jock y Almeida a reducir a sus contrincantes.

Pero, a pesar de todas sus precauciones, la cosa no se hizo sin ruido. La nave estaba dotada de gravedad artificial y una de las latas de conserva cayó al suelo con estridente sonido.

Jock lanzó una maldición al escuchar el ruido. Su puño derecho golpeó con fuerza la sien del individuo contra el que luchaba y éste aflojó sus músculos. Quiso arrebatarle la pistola, pero Shedon se le anticipó, saliendo al corredor.

En aquel momento, un individuo, alertado por el ruido, hacía acto de presencia a pocos metros de la puerta. El hombre se dio cuenta

instantáneamente de lo que sucedía y su mano voló hacia el control de cierre.

Pero Jock fue infinitamente más rápido que el ur-shonita y que Shedon incluso. Distendiendo como ballestas los músculos de sus piernas, se lanzó hacia adelante, los brazos extendidos, en un prodigioso «plongeon» que le llevó al nivel de su contrincante en una fracción de segundo.

La mano del guardián fue apartada violentamente del control de cierre. Jock y su enemigo rodaron por el suelo en confuso montón, mas aunque había conseguido evitar el cierre del mamparo, hubo de pagarlo a costa de un agudo grito cuyas ondas se expandieron sonoramente por el corredor.

Jock lanzó una maldición. Había contado principalmente con la sorpresa, pero ésta se estaba desvaneciendo rápidamente. Algunos gritos se oían ya en otros rincones de la nave.

El individuo le golpeó el rostro sañudamente, tratando de sacudirse al joven de encima. Pero la furia daba a Jock unas fuerzas casi sobrehumanas y asiendo la garganta de su enemigo con ambas manos, le golpeó la cabeza contra el suelo hasta hacerle perder el conocimiento.

En aquel momento, un agudo grito estalló a su espalda.

—¡Cuidado, Jock!

Fue casi por instinto que el joven se tiró al suelo, al lado del cuerpo desvanecido de su oponente. Por encima de él, una raya blanca que emitía un intolerable resplandor cruzó el pasillo, yendo a chocar contra el cuerpo de un guerrero que había surgido repentinamente, atraído por el estruendo de la pelea.

Los espantados ojos de Jock contemplaron el increíble espectáculo de ver al individuo disolverse en medio de un cegador relámpago. Cerró los ojos, deslumbrado por el fogonazo, y cuando los volvió a abrir ya no quedaba nada del hombre.

Shedon llegó a su lado de un salto.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Jock asintió, mirando con infinito respeto la pistola que el ur-thonita empuñaba con la mano. Shedon le urgió.

—Démonos prisa; no hay tiempo que perder.

El joven se puso en pie de un salto, no sin haber despojado al individuo de la pistola que tenía en su cinturón. A continuación y formando todos un compacto pelotón, siguieron a Shedon el cual encabezaba la comitiva.

Mientras que corrían por el casi circular pasillo, Jock vio que Shedon lo hacía en zigzag, tocando con las manos, a cada salto lateral que daba, un punto determinado del corredor.

De momento, el joven quedó muy intrigado ante la rara acción de Shedon. Pero no tuvo que esperar mucho tiempo para saber a qué se debía aquella extraña manera de actuar.

En el momento en que Shedon se desplazaba a un costado del corredor, y su mano alcanzaba la pared de éste, una puerta se abrió. Un hombre salió por ella y su boca se abrió en una estúpida mueca al ver a los siete que suponía cautivos, escapados de su encierro.

La mano de Shedon tocó el mamparo y al instante la puerta volvió a cerrarse. Jock entendió que lo que el ur-thonita estaba haciendo era, ni más ni menos, que bloquear a los tripulantes de la nave en sus respectivas cámaras y no pudo por menos de celebrar la astuta forma de comportarse de Shedon.

El guerrero que había quedado fuera de su departamento intentó echar mano a su pistola. Jock fue más rápido y, temiendo utilizar la suya de algún modo inconveniente por desconocer su manejo, recurrió al expeditivo procedimiento de arrojarla con todas sus fuerzas hacia adelante.

Alcanzado en pleno rostro por el terrible impacto de la pesada arma, el guerrero se desplomó al suelo, con el rostro bañado en sangre. Almeida exhaló un agudo grito de satisfacción y se apoderó de la pistola del caído.

—¡Las cosas se nivelan, muchachos! ¿Dónde está ese Shonitt? Tengo ganas de ver el color que tienen sus tripas —exclamó en tono truculento.

Shedon se volvió hacia Jock.

—Ya están encerrados casi todos los tripulantes —dijo.

—Pero aún queda Shonitt —objetó el joven.

—Vamos por ti —repuso con decisión el ur-thonita.

—¿Tú sabes dónde está?

Shedon afirmó con un movimiento de cabeza. Después movió la mano.

—Andando —dijo, y reanudó la marcha.

El corredor no tenía trazas de terminarse. Jock se dio cuenta de que ahora era mucho más largo, sin duda porque a su entrada en la nave habían tenido corridos los mamparos que lo subdividían en varios compartimentos estancos. Bruscamente, Shedon se detuvo ante una puerta y manejó el control de apertura.

La puerta se deslizó a un lado con silenciosa suavidad. Instantáneamente, un cegador rayo de luz blanca salió del interior, yendo a estrellarse contra el cuerpo del ur-thonita.

Por una décima de segundo, Jock pudo ver la contraída expresión de terror que había aparecido en el rostro de Shedon. Después, el cuerpo de éste pareció disolverse en una deslumbrante llamarada blanca que iluminó con lívidos resplandores el corredor.

Petunia lanzó un agudo grito de espanto al ver la espantosa suerte que había corrido Shedon. Por su parte, Jock sufrió un fuerte choque al presenciar la escena, mas no tardó en reponerse.

Era evidente que allí había alguien dispuesto a defenderse a ultranza. La situación podía quedar en tablas momentáneamente, pero si los fugitivos no tomaban la iniciativa, corrían el peligro de que los guerreros que habían sido encerrados en sus cámaras, consiguiesen escapar, lo que significaría su derrota segura. Dispuesto a resolver de una vez la situación, Jock decidió pasar al ataque.

Empuñando fuertemente la pistola, tomó aire, llenándose los pulmones. Después, actuando inesperadamente, saltó.

Cruzó rapidísimo ante el umbral de la puerta, arrojando, al pasar delante de ella, un vistazo al otro lado de la misma, y levantando simultáneamente el brazo armado con la pistola.

Al cruzar ante la puerta apretó el lugar donde suponía debía hallarse el gatillo de su pistola, fiado, más que nada, en la configuración del arma. Con gran sorpresa suya, vio partir de la boca de la misma un largo rayo de luz.

Había dos hombres en la estancia, los cuales, al verle pasar, dispararon simultáneamente sus pistolas. Pero el gesto de Jock había sido tan inesperado, que fallaron el tiro por una fracción de segundo.

En cambio, el disparo del joven resultó sorprendentemente bueno. La descarga de luz sólida alcanzó de lleno a uno de los hombres, fulminándolo en el acto.

Quedaba otro, a juzgar por lo que el joven había podido percibir. Éste se hallaba dispuesto a defenderse y su posición era mejor que la de Jock, pero el joven, arriesgándose de una vez, resolvió emplear una argucia que le diera ventaja sobre su oponente.

Apareció de nuevo ante el umbral de la puerta, pero en lugar de hacerlo de pie, se tiró al suelo, apoyando los codos en el pavimento. Levantó la mano y apretó el disparador.

Una décima de segundo duró apenas la horrorizada expresión de Shonitt al sentirse alcanzado por la descarga de luz sólida. Después, su cuerpo se fundió en un silencioso relámpago que, al esfumarse, no dejó tras sí el menor rastro.

Jock se puso en pie, penetrando en la estancia, amueblada con lujo y de una forma completamente nueva para él. Teniendo el arma a punto, la recorrió de lado a lado, sin encontrar a nadie más en ella.

Se asomó a la puerta y agitó la mano.

—¡Podéis pasar! —dijo.

Todos penetraron allí en tropel. Una vez estuvieron juntos, Jock miró a Keddya.

—Creo que tú sabes manejar esta clase de naves —exclamó.

La muchacha asintió con la cabeza.

—Desde luego —repuso—; pero antes, sería conveniente asegurarnos que el resto de los hombres de Shonitt no nos van a causar ningún mal.

Jock preguntó:

—¿Cómo piensas hacerlo?

Keddya meditó durante unos segundos. Después, su semblante se iluminó.

—Venid conmigo —dijo, y los cinco terrestres la siguieron a lo largo del corredor.

No tardaron en llegar a su final. Keddya manejó un control, invisible a los ojos de los terrestres, y un lienzo del mamparo metálico se descorrió en silencio.

Pasaron al otro lado. Los ojos admirados de Jock contemplaron la cámara de mandos de la astronave, situada, a lo que podía calcular, en uno de los extremos del grueso cigarro que constituía su estructura central.

La cámara terminaba en una semiesfera de cinco o seis metros de diámetro, totalmente transparente, sin ninguna solución de continuidad en su superficie, excepto en el punto de unión con la parte cilíndrica del cigarro. En ella, y a la manera del teclado de un órgano, estaba el puesto de control, elevado medio metro sobre el nivel del suelo, en el centro exacto de la cúpula.

De la mesa de mando a la cúpula había un espacio libre de unos tres metros. Estupefactos, los terrestres contemplaron en silencio el magnífico espectáculo que se divisaba desde allí y que ofrecía la sensación de ser visto directamente, tal era la limpieza y transparencia del vidrio que formaba la cúpula.

Pero la atención de los terrestres se apartó muy pronto de allí, centrándose en Keddya. Ésta, sin la menor vacilación, se sentó en el sillón que había frente a la mesa de mandos y tocó alguno de los multicolores botones y teclas que se advertían en la misma.

Inmediatamente, un coro de excitadas voces se oyó en la estancia. Los conocimientos que Jock y sus compañeros poseían acerca de aquel lenguaje eran forzosamente muy limitados, mas aun así y todo, lograron entender varias frases de amenaza dirigidas a la muchacha.

Keddya no se dejó intimidar por los insultos de los ur-shonitas. A su vez, habló y sus palabras fueron harto contundentes.

—Si en el plazo de cinco minutos —así lo tradujo al terrestre Jock—, no os habéis rendido, cortaré el suministro de aire respirable a vuestras cámaras.

Un espantoso griterío acogió las palabras de la muchacha. Pero ésta, inflexible, volvió a repetir su intimación. Después, sonriendo, miró a Jock.

El plazo señalado por Keddya transcurrió rápidamente. Entonces, una voz se oyó claramente en la cámara.

—Está bien —dijo el individuo—; nos rendimos. ¿Qué es lo que debemos hacer?

De un salto Jock se acercó a la muchacha, subiendo a la plataforma donde estaba la mesa de mandos.

—Diles —le cuchicheó al oído—, que nosotros iremos puerta por puerta, haciéndoles salir uno a uno con las manos detrás de la nuca y desarmados. Diles también que mataremos al primero que intente resistirse.

Keddya asintió y repitió las palabras del joven, el cual había tomado ahora la iniciativa de lo que debía de hacerse. Cuando hubo terminado, Jock dispuso:

—Keddya, enseña a Petunia cómo se maneja el control de suministro de aire. Después, tú nos acompañarás para ir abriendo las puertas.

La ur-thonita asintió. Petunia se quedó allí, en tanto que Jock y sus compañeros, guiados por Keddya, iniciaban la última fase de su tarea.

Una hora más tarde, desarmados todos los guerreros y reunidos en un par de cámaras cerradas a piedra y lodo, volvían a reunirse de nuevo en la cámara.

Durante unos momentos, Jock estuvo contemplando el esplendente espectáculo que ofrecía el cielo, visto desde un lugar completamente nuevo para él. La radiante luz de los dos soles de Capella proporcionaba un panorama estelar magnífico, realmente inigualable, y el joven pensó que, en el fondo, bien valía la pena haber pasado todas aquellas aventuras a cambio de su situación actual.

Unos minutos más tarde, se volvió hacia Keddya.

—¿Y bien, qué nos aconsejas ahora que hagamos?

La respuesta de la joven no pudo ser más decidida.

—Nos dirigiremos inmediatamente a Ur-Thon. Hace ya mucho tiempo —añadió con una sonrisa—, que falto de allí.

Jock se acarició la mandíbula.

—Pensándolo bien —dijo—, es la única solución que nos queda. Sin

embargo —añadió tras unos segundos de pausa—, más adelante tendremos que estudiar el modo de volver a nuestro planeta.

Una suave sonrisa apareció en los rojos labios de Keddya, más rojos aún por contraste con su hermoso rostro.

—Creo —dijo—, que en Ur-Thon podremos complacer tus deseos, Jock.

CAPÍTULO IX

Los días transcurrieron sin la menor novedad. Los prisioneros ur-shonitas se habían resignado al cambio de situación y, encerrados herméticamente en sus cámaras, teniendo constantemente suspendida sobre sus cabezas la amenaza de serles cortado el suministro de aire, se portaban pacíficamente. Tanto más cuanto que sabían, por habérselo asegurado Keddya, que nadie les haría objeto del menor maltrato en Ur-Thon y que, en cuanto pudieran, serían liberados.

Ello no obstante, Jock y sus compañeros no descuidaban la vigilancia un solo segundo y siempre había dos de ellos de vela continua, aparte de que cuando había que dar de comer a los cautivos, se reunían los cuatro hombres, fuertemente armados, para evitar una sorpresa como la que los terrestres habían utilizado para violentar su encierro.

En aquellas cuarenta y ocho horas, Jock se había hecho enseñar por Keddya el manejo de la nave, cosa por demás simple, ya que todos los mandos estaban centrados en aquella especie de pupitre que había en el centro de la cámara de control. Por otra parte, Almeida, encargado de ello por el joven, había estudiado el interior de la astronave, descubriendo con no poca satisfacción que sus ropas y efectos personales salvados de la catástrofe de la «Lux» estaban intactos. Entre las cosas que habían recuperado se hallaban las pistolas térmicas, de las cuales se habían apoderado los terrestres con no poca satisfacción por su parte, pese a conocer los terribles efectos de las armas luminosas.

La mayor parte del tiempo se lo pasaban en la cámara de mando, contemplando el espectáculo del cielo que no llegaba a cansarles jamás. Keddya les había enseñado las cartas estelares de a bordo, las

cuales había estudiado Jock minuciosamente, haciendo después algunas observaciones sobre el terreno, hasta que pudo exclamar:

—Mirad, fijaos en aquella estrella que se ve allí.

Todos volvieron la vista hacia el punto que señalaba el joven. La nave seguía una ruta fija, inmutable y, para mayor abundamiento, Jock se acercó a la pared de vidrio, pisando incluso sobre ella y apoyó el dedo índice en un punto determinado. Los demás quedaban a un par de metros de distancia, en el espacio situado entre la mesa de control y la cúpula.

—Es aquí, donde tengo apoyado el dedo. ¿No veis una estrella amarilla?

—Sí —dijo Petunia—, pero... ¿qué tiene de particular? Hay muchas como ella y más todavía que son superiores en brillo y hermosura. ¿Qué le encuentras que la haga destacarse de las demás estrellas?

—Pues, nada, excepto que... está a cuarenta y dos años luz de distancia y en la Tierra nos sentimos muy tristes cuando se oculta.

—¡El Sol! —exclamó Petunia sin poderse reprimir.

Jock asintió:

—Eso es: el Sol, nuestra estrella. Ahí la tenéis, pequeñita y apenas perceptible desde aquí, pero brillando en el espacio y señalándonos el lugar de donde hemos salido.

Una honda emoción invadió por unos momentos a los terrestres, los cuales, sin poderse contener, se agolparon en la cúpula, contemplando extáticos aquella diminuta luminaria que apenas si era más que una chispita de luz en la inmensa profundidad del espacio.

Almeida fue el primero en romper el silencio con una objeción.

—Jock, no lo entiendo. Si salimos de allí rumbo a Capella, ¿cómo es que ahora parecemos seguir la ruta de regreso?

—Oh, eso no tiene nada de particular. Ten en cuenta que ahora estamos viajando por el sistema de Capella, en una nave que no es la nuestra y que, además, las órbitas se han alterado. Por lo que podemos ver, la nuestra se ha invertido en ciento ochenta grados aproximadamente, pero esto no tiene nada de particular. Si nos encontráramos en la «Lux», quizá tuviéramos que explorar otro

planeta, en cuyo caso los rumbos, naturalmente se alterarían igualmente. Simplemente sucede que Ur-Thon se encuentra en la dirección del Sol, eso es todo.

Keddya se les aproximó lentamente.

—¿Ésa es vuestra estrella? —preguntó.

Jock asintió.

—No es tan bonita como Capella, si tú quieres y, además, es única; pero hemos nacido bajo sus rayos y la queremos.

—Un sentimiento muy lógico —contestó la muchacha—. De todas formas, celebro saber dónde está. Tienes que señalarme su posición en la carta estelar para cuando llegue el momento de poder proporcionaros los medios necesarios para vuestro regreso.

—¿Quieres decir que nos ayudarás a volver?

Keddya movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, si es vuestro deseo. No me gustaría reteneros en Ur-Thon contra vuestra voluntad.

Baunec lanzó un silbido.

—¡Vaya un escándalo que vamos a provocar cuando regresemos a la Tierra! Ahí es nada, presentarse con una nave no construida en nuestro planeta. Keddya, ¿todas las naves ur-thonitas son como aquélla que vimos cuando te conocimos por vez primera?

—Oh, no. La que visteis era la que utilizamos en Ur-Thon para viajes de distancia planetaria. Para los viajes entre las estrellas usamos otras de muchísima mayor potencia y que recorren grandísimas distancias en un corto espacio de tiempo.

—De todas formas —murmuró Jock—, siempre nos costará tres o cuatro años el regreso. No creo que fueran más rápidas que la «Lux».

Una imperceptible sonrisa se dibujó en los labios de la muchacha.

—Poco pude ver de vuestra cosmonave, pero la encontré bastante atrasada con respecto a la nuestra. ¿Qué medio de propulsión utilizáis vosotros?

—Propulsión fotónica, naturalmente. Es el único medio que permite

alcanzar velocidades superiores a la de la luz.

—¿Cuánto?

Jock citó una cifra. Keddya meneó la cabeza.

—Demasiado lento.

—¿Eh? —se escandalizó el joven—. ¿Demasiado lento? Pe... pero si para recorrer los cuarenta y dos años luz que separan a la Tierra de Capella hemos empleado poco mas de tres años. ¿Te imaginas la velocidad que eso representa?

—En cifras vuestras, por supuesto. Pero una nave de las nuestras recorrería tal distancia en menos de dos meses.

—¡Sujetadme! —exclamó Baunec, mientras Jock fruncía el ceño, temiendo ser víctima de alguna chanza—. ¿Dos meses has dicho? —repitió el primero.

Keddya afirmó con gesto rotundo.

—O quizá menos —dijo.

—¡Diablos! —hizo Jock una mueca—. ¿Y qué clase de motores empleáis?

—Oh, ahora sería muy largo de explicar. Es muy complicado, pero para que comprendáis siquiera una mínima parte os diré que viajamos utilizando los repliegues que existen en el subespacio.

—¡El subespacio! ¡Esto quiere decir... la cuarta dimensión! —exclamó Jock, atónito.

—Sí, así es, considerándolo desde vuestro punto de vista y siempre hablando en vuestro idioma. El viaje por el subespacio tiene propiedades que...

Keddya se interrumpió, enarcando las cejas. Su mirada cambió del rostro de Jock a un punto situado a espaldas de éste.

—¿Qué ocurre? —inquirió el joven, súbitamente intrigado.

Keddya no contestó. Su cara había palidecido enormemente, huyendo de él todo rastro de color.

Alarmado, Jock se volvió, al mismo tiempo que lo hacían sus

compañeros.

—¡Eh! —gritó Cazenave—. ¡El cristal se rompe!

Una fina línea negra, con una veta brillante en todo su largo, acababa de aparecer en uno de los lados de la cúpula.

—¡Cómo! —exclamó Jock—. ¿Es posible que el vidrio se agriete?

—¿Hay escafandras de vacío a bordo? —preguntó Petunia, también muy alarmada.

—Ojalá fuera una simple grieta —contestó Keddya, y en aquel momento, otra línea igual que la anterior, apareció, cruzándola y adhiriéndose al vidrio por su parte exterior.

En aquel momento, una fuerte trepidación sacudió la nave. Las seis personas fueron arrojadas al suelo como consecuencia de la sacudida experimentada por la nave, idéntica en un todo a la que hubiera podido padecer un automóvil rodando a gran velocidad por un camino en mal estado.

—¡Mirad! —gritó Baunec, cuando todos estaban luchando aún por incorporarse—. Más grietas.

Cuatro o cinco rayas más habían aparecido en el vidrio, cruzándolo irregularmente en todas direcciones. Las sacudidas habían cesado.

Jock ayudó a Keddya a ponerse en pie y después, profundamente intrigado, se aproximó al vidrio, situando sus pupilas a corta distancia de una de aquellas rayas.

La examinó durante unos segundos. Luego, completamente desconcertado, giró la cabeza hacia la ur-thonita.

—No son grietas —exclamó—, sino cables de acero.

Keddya asintió con gesto sombrío.

—Exactamente, aun cuando esos cables no sean del metal que dices.

—Pero ¿qué objeto…?

Jock fue interrumpido por otra sacudida que, siendo más leve que la anterior, hizo que todos se tambaleasen durante unos segundos, tardando más de la cuenta en recuperar el equilibrio perdido.

Cuando al fin lo hubieron conseguido, Cazenave lanzó una maldición.

—¡Rayos! ¡Que me cuelguen si lo entiendo! ¿Es que nos han confundido con una bandada de peces? ¡Fijaos en esto, chicos!

Un coro de exclamaciones en las cuales se reflejaban los más encontrados sentimientos, brotó al instante de todas las gargantas. La cúpula acababa de ser recubierta por una especie de malla muy espesa, entre cuyos hilos, del mismo material que los anteriores, apenas si había una distancia de veinte centímetros.

Jock intuyó al momento la verdad de lo que sucedía, pero quiso que Keddya se lo confirmase.

—Keddya, ¿qué sucede?

Una nube sombría cruzó por el lindo rostro de la muchacha.

—Los ur-shonitas —dijo—. Nos han atrapado otra vez.

—¿Con una red? ¡Esto es absurdo! Pero, ¡si ni siquiera nos hemos enterado de su presencia!

—Tampoco nos hemos preocupado mucho de ellos creyéndonos a salvo —contestó Keddya con tono pesimista.

Jock apretó los labios.

—Está bien, nos han pescado —dijo—. Sin embargo, ¿no hay algún medio de liberarnos de su condenada red?

Una violenta sacudida arrojó a todos los presentes al suelo. Cuando se incorporaron, Keddya exclamó:

—Voy a efectuar una intentona. Si no sale bien... ya no tendremos que preocuparnos de nuestro futuro.

—¡Eh, sobre todo —dijo Baunec—, que no estalle la nave! Mientras estemos vivos, tenemos esperanza de continuarlo estando.

—La nave no estallará —afirmó ella rotundamente—. Ahora, disponeos a sujetaros.

—¡Cómo! No hay nada aquí que...

Keddya no hizo el menor caso de las objeciones de Baunec. Yéndose hacia el enorme atril, se sentó en la banqueta que allí había y oprimió

un botón.

Varias sillas brotaron al instante del suelo, surgiendo de éste como por arte de magia. Todas ellas eran muy cómodas y de respaldo y asiento mullidos, dotadas de abrazaderas para sujetar los cuerpos que se colocasen en ellas.

—Sentaos, pronto —les apremió la muchacha.

Los terrestres obedecieron, colocándose las correas de sujeción. Cuando Keddya vio que todos habían cumplido sus órdenes, preguntó:

—¿Listos?

—Sí —contestó Jock.

Keddya no dijo nada. También se había sujetado el cuerpo al asiento, pero sus ojos no miraban, como los del resto de sus compañeros, hacia la cúpula que ahora aparecía como enrejada.

Las manos de la joven se movieron hábilmente por encima de la mesa de mandos. De momento, no se sintió nada, pero muy pronto percibieron un sordo zumbido en las entrañas del navío.

El aparato se bamboleó suavemente tres o cuatro veces, en forma errática, de un lado para otro. Pero muy pronto cesaron sus movimientos cuando otra red cayó sobre la anterior, reforzando la sujeción que ésta ejercía sobre la nave.

Si Jock y sus compañeros hubieran estado en condiciones de poder verlo, se hubieran quedado asombrados ante el increíble espectáculo que ofrecía su nave.

Media docena de aparatos idénticos a ella flotaba en el espacio, rodeándola por completo. De cada uno de ellos, como si fueran unas gigantescas arañas de nueva especie, brotaba una serie incalculable de brillantes hilos metálicos que envolvían por completo a la nave apresada, impidiéndole ejecutar el menor movimiento que pudiera servir para evadirse.

Más por convencer a los terrestres que porque confiara en ello, Keddya ejecutó varias pruebas más, todas ellas con idéntico resultado negativo. La nave estaba sólidamente aprisionada y era inútil tratar de libertarse.

Viendo que todos los esfuerzos hablan fracasado, Jock se desasió de

las correas que le sujetaban al sillón y se puso en pie. Los demás le imitaron.

El joven se acercó a la cúpula y contempló el espacio durante unos momentos, en completo silencio. La posición del Sol respecto de la nave había variado sensiblemente y ello indicó a Jock de modo harto contundente el nuevo cambio de rumbo.

Keddya se le aproximó lentamente.

—¿En qué piensas, Jock?

El joven sacudió la cabeza.

—Cuando salimos de la Tierra —dijo—, estábamos convencidos, por supuesto, de que encontraríamos un día u otro seres con inteligencia. Estábamos preparados para enfrentarnos con las formas más raras y absurdas de vida, pero siempre, en el fondo de nuestro corazón, creímos que esos seres vivirían de un modo tranquilo, conservando buenas relaciones entre unos y otros. Ahora —suspiró—, veo que nos equivocamos de medio a medio.

—No es culpa nuestra, de los de Ur-Thon me refiero —contestó Keddya—, si los ur-shonitas tienen un espíritu belicoso que les hace estar emprendiendo de continuo expediciones guerreras con las cuales sacian su sed de sangre. En Ur-Thon vivimos pacíficamente y aunque, naturalmente, poseamos armas, su uso es prácticamente desconocido entre nosotros.

Jock arguyó:

—Pero no me negarás que los de Ur-Qon, esos pedazos de cristal, parecían muy ofendidos con vosotros.

Keddya explicó:

—Sólo con algunos de los que viajábamos en la nave. En general, los hexaedros son muy retraídos y no suelen entablar relaciones a la ligera. Ya te dije lo que había sucedido con Zalos y, además, añadiré que éste se había apoderado de uno de dichos hexaedros, martirizándole, si la palabra puede ser utilizada, con el fin de averiguar lo que había en su interior. Los de Ur-Qon se comunican instantáneamente entre sí y al momento saben lo que le está ocurriendo a uno de sus compañeros. Por algún tiempo, Zalos consiguió evadir la persecución de los hexaedros, pero al fin cayó en su poder.

Baunec comentó:

—¡Vaya unos pájaros! No me gustaría ser enemigo suyo.

—Por lo que he podido ver —dijo la muchacha—, sois muy amigos. Nunca hemos podido conseguir los ur-thonitas la mitad de lo que vosotros lograsteis de ellos.

—Sería porque les caímos simpáticos —rió Cazenave, pero nadie le acompañó.

Baunec añadió:

—Ahora los quisiéramos tener con nosotros. Pero, desgraciadamente, no vendrán y aunque lo hicieran... ¿cómo iban a saber...?

Keddya le interrumpió.

—Cuando un individuo de Ur-Qon hace amistad con alguien, sea éste de la raza que sea, inmediatamente lo comunica a todos sus congéneres. Estad seguros de que en estos momentos, hay millones y millones de cristaloides que os conocen tan bien como los que os tomaron bajo su protección y que murieron a manos de los ur-shonitas.

—Mira que decir que un pedazo de vidrio puede morir —comentó mordazmente Baunec.

Keddya le arrojó una mirada irritada:

—Pues así es, aunque a ti te parezca todo lo contrario. Y aquel trozo pequeño de vidrio que durante algún tiempo estuvo en el bolsillo de Jock, era como una especie de detector utilizado por ellos para conocer vuestra suerte.

Al oír aquellas palabras, el decaído espíritu de los terrestres se animó un tanto.

Hicieron comentarios.

—¿Crees tú que vendrán a socorrernos? —preguntó Petunia.

La otra muchacha explicó:

—Sólo sé que los habitantes de Ur-Qon son los mejores amigos que un ser humano puede tener... ¡y sus peores enemigos también!

Después de aquellas palabras, se produjo una larga pausa de silencio en la cámara. La nave seguía siendo inexorablemente arrastrada por las que la habían capturado y el cambio de órbita era cada vez más visible.

Pasó el tiempo.

Pocos días más tarde, avistaron un planeta, surgiendo blanco y azulado de entre la negrura del espacio. La velocidad de la nave era muy grande, tanto que a simple vista se podía apreciar el aumento de tamaño de la imagen del planeta.

Veinticuatro horas más tarde, notaron los primeros síntomas de que las naves penetraban en la atmósfera de Ur-Shon. Susurros, silbidos, gemidos incluso, llegaron a los oídos de los ocupantes del aparato, al mismo tiempo que desde la altura contemplaban absortos el inenarrable espectáculo que era, para unas pupilas terrestres, la visión por primera vez de un planeta habitado

—¡Ahí está: ése es Ur-Shon! —dijo enfáticamente Keddya.

CAPÍTULO X

Sí, ahí está Ur-Shon — repitió Jock.

—Si no fuese porque dentro de poco nos van a rebanar el pescuezo, tendría que pasarme el tiempo soltando frases de admiración —exclamó Baunec.

El muchacho tenía razón. Realmente, el espectáculo que contemplaba desde lo alto de la nave era magnificente.

El aparato, sólidamente aprisionado por las redes metálicas lanzadas por las otras naves, descendía suavemente, perdiendo altura en dirección oblicua hacia un espacio despejado que se veía a lo lejos, en el centro de la gran ciudad que tenían bajo sus pies y cuya contemplación había provocado las frases de Baunec.

Era una ciudad enorme, colosal, cuyos edificios se extendían por todas partes hasta perderse de vista en el horizonte. Sus calles eran

larguísimas y muy anchas, y por ellas circulaba incesantemente una espesa corriente de vehículos cuya forma no podían distinguir bien desde la altura en que se hallaban.

Los edificios eran altísimos, adoptando formas fantásticas, imposibles de concebir en arquitectura y, lo que aún les hacía más hermosos, todos ellos eran de diferentes colores, componiendo así una visión de una belleza inigualable. Muchos estaban unidos entre sí por puentes y viaductos de un atrevimiento sin par, los que, a causa de la distancia, parecían tan delgados que semejaban ir a quebrarse en cualquier instante. La elevación de los edificios era variable, pero Jock llegó a calcular la altura de uno de ellos, poderoso, sombrío, amenazador, destacando singularmente en el conjunto arquitectónico que le rodeaba, en bastante más de quinientos metros.

Las calles eran rectas y muy amplias, divisándose, de trecho en trecho, amplias plazas con niveles distintos para la circulación rodada. Había también anchos pasillos sobre las calles, uniendo los edificios entre sí, y los espacios verdes abundaban sobremanera, rompiendo de esta forma la gris monotonía de los pavimentos.

El grupo de naves se deslizó lentamente sobre las torres y cúpulas de la ciudad en dirección al claro que Jock había divisado en lontananza y que con razón había supuesto el astropuerto. Iban perdiendo altura a cada momento que transcurría y era evidente que antes de muy poco habría terminado el viaje.

—Dentro de un cuarto de hora —dijo Baunec lúgubremente—, saldremos fuera, levantaremos el brazo derecho y entonaremos el «Ave Cesar, morituri te salutant».

—¿Tú crees que nos entenderán? —preguntó Almeida ansiosamente.

—Hombre, procuraremos traducírselo. Aunque un corito con el «Adiós a la vida…»

—Basta de chanzas —dijo Jock, cortando aquel absurdo diálogo, que en el fondo no dejaba de halagarle, pues le demostraba que sus hombres, pese a la crítica situación en que se hallaban, conservaban su buen humor—. Dejaos de bromas ahora y ocupaos de tenerlo todo listo.

—Por mi parte ya lo estoy —dijo Cazenave.

Jock asintió. Después, comprobó si las mujeres habían hecho lo que él había sugerido, como una remota posibilidad de salir con bien.

—Mientras hay vida, hay esperanza —había dicho, y yéndose a la cámara donde Shonitt había guardado sus efectos, les había hecho ponerse a cada uno un amplio chaquetón, con el fin de ocultar bajo el mismo las pistolas térmicas de que estaban provistos. Podía ser que les registrasen apenas tocaran tierra, pero en las circunstancias actuales, cabía cualquier posibilidad.

Poco a poco, la nave fue perdiendo altura, inexorablemente suspendida en el espacio por las redes tendidas por los otros aparatos. Cruzaron por encima de un frondoso parque, en cuyo centro se veía un minúsculo lago, sobrevolaron un espeso macizo de rascacielos y, al fin, enfilaron el astropuerto.

Éste era grandioso, colosal, y uno de sus lados se veía completamente lleno de naves similares a la suya. Los edificios de control se hallaban en el extremo opuesto y hacia aquí fue donde la nave se dirigió, conducida por las otras.

Unos minutos más tarde, el viaje había concluido. La cosmonave tocó tierra con un suave estremecimiento y, al mismo tiempo, los cables metálicos y las redes desaparecieron de forma tan súbita como habían aparecido.

—Éste es el momento —dijo el joven—. Todos a la salida; no esperemos que vengan a buscarnos. Recordadlo bien: no hagáis nada hasta que yo lo ordene.

Con paso rápido se dirigieron hacia la escotilla, cuyo mando de apertura manejó Keddya. El suelo del astropuerto apareció ante la vista de los prisioneros y algo más también.

Una espesa fila de soldados, formando amplio círculo en torno a la nave, les rodeaba de forma que no permitía el menor lugar a la escapatoria. Los soldados estaban quietos, silenciosos, todos ellos armados con aquellas potentes pistolas de luz sólida, que aparecían en sus manos, refulgiendo bajo la cegadora luz del doble sol de Capella.

Un instante permanecieron unos y otros mirándose fijamente en silencio. Jock se dio cuenta de que los chaquetones que llevaban puestos les sofocaban casi, dada la excelente temperatura que reinaba en el exterior de la astronave. Pero no por ello aflojó el suyo.

—Bien —suspiró, saltando a tierra y volviéndose para ayudar a las mujeres a hacer lo propio—, la hora ha llegado.

Quedaron en grupo, en el centro del círculo, compuesto por media

docena de apretadas filas de guerreros. De pronto, el círculo se abrió y tres hombres pasaron a su interior. Las filas se cerraron de nuevo.

Los tres hombres pasaron por el lado de los cautivos, sin mirarlos tan siquiera. Penetraron en la nave.

Pasaron unos minutos largos, angustiosos, que transcurrieron en absoluto silencio. De pronto, un coro de irritadas voces se oyó en el interior de la nave.

Los tres hombres que habían entrado volvieron a aparecer, acompañados por la cincuentena de tripulantes que habían sido hechos prisioneros por Jock y sus amigos. Fueron conducidos a un lado y todos quedaron allí, juntos, apretados como asustada manada de borregos.

El trío de oficiales se separó del grupo. Uno de ellos levantó la mano y ladró un par de órdenes.

Instantáneamente, todos los soldados alistaron sus pistolas. Keddya y Petunia gritaron.

Otra orden se oyó y al instante un torrente de haces de luz cayó sobre el grupo de tripulantes, disolviéndolo en contados segundos. Alguno de ellos, más vivo que el resto, consiguió separarse y trató de huir, pero enseguida fue alcanzado por los disparos de los ejecutores.

—Éste es el premio que obtienen en Ur-Shon los vencidos —masculló de costadillo Baunec, viendo que del grupo de cincuenta hombres no quedaba el menor rastro. El suelo estaba tan limpio como si jamás hubieran existido.

—Ahora nos toca a nosotros —observó Almeida, advirtiendo que uno de los oficiales se les acercaba, mirándoles fijamente.

—Debe de ser un pez muy gordo —juzgó Baunec, examinando con atención los numerosos emblemas y distintivos que el individuo llevaba sobre su cuerpo.

El guerrero se detuvo a media docena de pasos del grupo.

—Sois nuestros prisioneros —dijo.

—¡Valiente noticia! —comentó Baunec—. ¿No tienes nada más que decirnos?

—¡Hombre! ¿Por qué no le preguntamos por los últimos resultados de la liga mundial de «base-ball»? —rió Cazenave.

—Ahora vais a ser conducidos a la sede de nuestro gobierno, donde seréis juzgados como acusados de haber intentado conspirar contra la paz de Ur-Shon.

—Me parece que eso ya lo he oído antes yo —dijo Baunec—. ¿No fue en…?

Pero Jock le interrumpió, avanzando un par de pasos hacia el individuo.

—En nombre de mi planeta —dijo—, exijo que se nos deje libres. No nos consideramos culpables del crimen que se nos imputa, sino solamente de haber tratado de liberarnos de una prisión que se nos impuso injustamente. Cuando fuimos hechos prisioneros, nosotros estábamos perdidos en el espacio. Un tal Shonitt nos hizo sus cautivos y, por lo tanto, es lógico que intentáramos escapar. Pero nunca tratamos de atacaros ni de perturbar vuestra paz.

—Eso no es cuenta mía —dijo el oficial—. Mi misión es llevaros al lugar donde vais a ser juzgados.

—Y luego ejecutados.

—Si se os encuentra culpables, ¿por qué no?

Jock empezó a pensar si no sería perder el tiempo enzarzarse en tecnicismos acerca de la legalidad de su arresto. Pero dándose cuenta que el individuo no podría resolverles nada, por tratarse simplemente de un hombre que se limitaba a cumplir las órdenes recibidas, prefirió desistir.

—Está bien —dijo—; podéis llevarnos cuando queráis.

El oficial levantó la mano y al instante las filas de soldados se abrieron por dos sitios. Un vehículo se deslizó hasta llegar junto a ellos.

Jock lo examinó con atención, viéndolo suspendido a corta distancia del suelo, sin ruedas sobre las cuales moverse ni apoyarse. Más allá, divisó unos cuantos vehículos más enteramente similares, todos los cuales estaban llenos de soldados armados, en actitud impasible.

El oficial se echó a un lado en actitud cortés, cediéndoles el paso.

Jock miró a sus compañeros, pasándose la lengua por los labios. Éstos le devolvieron la mirada.

—Bien —empezó a decir—, creo que...

Se interrumpió repentinamente. Un ruido acababa de escucharse.

El corazón del joven latió con renovados bríos. Baunec lanzó una exclamación.

El sonido se acentuó. El oficial y sus guerreros empezaron a mirar a un lado y a otro con aprensión.

—¡Dios mío! —exclamó el joven—. ¿Será posible que...?

Una serie de suaves tañidos se oyó en el claro ambiente del astropuerto. Los soldados rompieron su cerrada formación, mirando hacia todos los sitios.

El oficial aulló unas cuantas órdenes y los guerreros parecieron recobrar, durante unos minutos, su perdida disciplina. Cerraron nuevamente sus filas y el hombre señaló por segunda vez el vehículo, ahora con gesto enérgico e imperativo, pero, al mismo tiempo, lleno de aprensión.

—¡Son ellos, son ellos! —exclamó alborozadamente Baunec.

—¡Quieto! —rugió el joven—. ¡No...!

Los soldados, acometidos todos ellos de un súbito pánico, rompieron definitivamente la formación y echaron a correr en todas direcciones. El conductor del vehículo dio media vuelta y huyó con él, dejando al oficial plantado en el suelo.

En vano se desgañitó el hombre llamando al orden a sus subordinados. Los sonidos musicales eran cada vez más acentuados y todo el ambiente estaba lleno de una singular melodía.

El oficial acabó por perder también su ecuanimidad y dio media vuelta.

Súbitamente, los hexaedros aparecieron sobre el astropuerto.

Una atronadora serie de alaridos se escuchó cuando aquellos extraños seres de forma cristaloide surgieron ante la atónita vista de Jock y sus compañeros. Ahora no eran dos, sino cientos, millares de ellos, los que, de modo repentino, acababan de surgir en aquel lugar,

deteniéndose todos a corta distancia del suelo. Y a cada segundo que transcurría, más y más hexaedros aparecían, emitiendo ahora una serie de discordantes timbrazos y chirridos que significaban sin duda alguna la cólera de que estaban poseídos.

Por todas partes había hexaedros, pareciendo que el astropuerto estuviese cubierto de una serie infinita de chispas multicolores. Aterrados, los guerreros empezaron a utilizar sus pistolas de luz sólida. Entonces fue cuando los sonidos se acentuaron y los cristaloides pasaron a la acción.

A su llegada, se habían quedado detenidos, fijos, inmóviles. Pero en cuanto se vieron atacados por los espantados soldados, empezaron a moverse.

Lo hacían en todas direcciones, yendo y viniendo rapidísimamente, con una serie de movimientos imposibles de seguir con la vista, invadiendo todo y envolviendo a los guerreros con sus velocísimos giros.

Sonidos como el de cuerdas de guitarra rotas bruscamente empezaron a escucharse. Y cada vez que se oía uno de ellos, un guerrero se desplomaba al suelo, fulminado por una larga astilla de vidrio. El número de hexaedros continuaba aumentando. Ahora ya casi cubrían el cielo y se esparcían en todas direcciones, ante los asombrados ojos de los prisioneros, los cuales permanecían en aquel lugar, incapaces de reaccionar ante el insólito espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

A corta distancia de ellos, un par de hexaedros cruzó el aire como sendos proyectiles. Derribando los soldados como si fueran espigas, continuaron su camino hacia uno de los enormes edificios que formaban parte del control del astropuerto. Jock suspendió instintivamente la respiración al verlos encaminarse hacia allí. Pero los cristaloides no aminoraron su marcha, antes bien la aceleraron más todavía.

Con terrible ímpetu se arrojaron sobre el edificio, abriendo en él sendos boquetes en sus paredes. Los hexaedros surgieron al otro lado y, virando en redondo, cargaron nuevamente contra su objetivo. Por tres o cuatro veces más repitieron la labor. El edificio, cuarteados sus muros, vaciló y acabó por derrumbarse en medio de un estrépito atronador.

Bruscamente, un gran ruido hirió los ojos de los terrestres. Baunec lanzó un grito:

—¡Mirad! ¡En la ciudad!

Jock volvió la vista y el espectáculo le dejó aterrado. Una espesísima nube de aquellos extraños seres de vidrio cargaba contra la capital, arremetiendo contra sus edificios en densas bandadas y derrumbándolos como si fueran castillos de naipes. El estruendo y el fragor eran espantosos y hasta el suelo temblaba como sacudido por un fantástico terremoto.

Poco a poco, la lucha fue cesando. Los escasos ur-shonitas supervivientes terminaron por entregarse, deponiendo las armas de una forma que no inspiraba la menor duda. El suelo, sembrado de cadáveres, ofrecía un espectáculo macabro, aterrador. De la ciudad llegaban todavía grandes ruidos y espantosos crujidos, al mismo tiempo que una colosal nube de polvo subía lentamente a lo alto.

Cuando todo hubo terminado, los hexaedros se agruparon, formando una doble pirámide de colosal tamaño, unida por las bases, cuya parte superior se perdía de vista en las alturas. El colosal conjunto giró unas cuantas veces ante la vista de Jock y sus amigos, y luego se alejó con grandísima rapidez hasta perderse de vista.

—Bueno —exclamó el joven, aún estremecido por el horror de la lucha que acababa de presenciar y que había sido tan breve, a pesar de sus espantosos efectos—, creo que ya es hora de pensar en nuestra marcha. Keddya —dijo, mirando a la muchacha—, tú tienes la palabra.

Ella le miró con sus grandes ojos.

—¿Queréis venir conmigo a Ur-Thon?

—¡Naturalmente que sí! —exclamó Baunec—. Después de lo que hemos visto aquí…

—¡Eh, mirad, chicos! —gritó en aquel instante Almeida—. ¿Veis vosotros lo que estoy viendo yo?

Los ojos de todos los presentes se desorbitaron. En aquel momento, Jock sintió un suave golpecito en el costado, pero no le prestó mucha atención, fija su vista en la nave que descendía sobre ellos muy lentamente.

El corazón de Jock palpitó con violencia. ¿Sería acaso…?

Pasaron unos minutos. La nave tocó tierra al fin, muy cerca de ellos.

Una compuerta se abrió y un hombre, armado con un rifle térmico, saltó a tierra. Por unos instantes quedó estupefacto mirando en torno a él y luego, con el más puro acento terrestre, exclamó:

—¡Qué carnicería!

* * *

El capitán Feliz, comandante de la astronave «Rey David», escuchó atentamente la detallada relación que Jock acababa de hacerle de sus aventuras. Al terminar el joven, asintió con pausados y enérgicos movimientos de cabeza.

—Su relato va a causar sensación en la Tierra, Coblentz, verdadera sensación. En medio de todo, nos alegramos de comprobar que, efectivamente, Capella tiene planetas habitados en su sistema y que ustedes se han hecho amigos de dos de ellos cuando menos. Esto servirá de base para iniciar una larga y fructífera era de relaciones entre ellos y nosotros.

—Así lo espero, capitán —dijo el joven—, y más ahora que en la Tierra también se ha descubierto el medio de reducir distancias por medio de los viajes subespaciales. Realmente, asombra pensar que hace apenas dos meses estaban ustedes allí, cuando a nosotros nos costó casi cuatro años llegar al término de nuestro viaje.

—Sí, es un adelanto formidable —concedió Feliz, sonriendo. Luego miró hacia la bellísima Keddya, que estaba al lado de Jock y dijo—: Me parece que usted no se ha mostrado muy remiso en iniciar una etapa de relaciones con los habitantes de estos planetas.

Jock alargó el brazo y atrajo a Keddya hacia sí. La muchacha no se opuso, antes al contrario le arrojó una expresiva mirada llena de amorosa luminosidad.

—Ésa —dijo— era la misión que teníamos encomendada, capitán.

Luego metió la mano en el bolsillo y sacó un refulgente trocito de vidrio.

—Y éste —añadió—, aunque usted no lo crea, es uno de nuestros mejores amigos. No le ofenda nunca, capitán, o, de lo contrario,

tendrá que lamentarlo.

Los ojos del capitán Feliz se desorbitaron. Luego, comprendiendo, se echó a reír.

Dijo:

—Ah, ya veo: es su regalo de bodas para la señorita, ¿verdad?

Jock y Keddya se miraron unos segundos y después sonrieron. El joven dijo:

—Nuestro regalo de bodas somos nosotros mismos, capitán. ¿No le parece suficiente?

—¡Oh, sí, desde luego!

A corta distancia del grupo, Petunia, Almeida y los otros dos contemplaban la escena, divertidos. Almeida dijo:

—Petunia, parece que Jock ha encontrado su cara mitad.

La muchacha se encogió de hombros en un gesto ambiguo.

—Bueno, la chica es guapa y lo vale —repuso.

—¿Y yo? —dijo el oficial.

Petunia miró a Almeida de arriba abajo, examinándolo con ojo critico.

—¡Psé...! No estás mal del todo. Los hay más feos... pero ¿para qué buscar también otro más guapo?

Almeida abrió la boca sonriendo de oreja a oreja.

—¡Petunia! Tampoco tú estás mal. Yo te encuentro muy guapa.

—Gracias. ¿Debo de tomar eso como una declaración amorosa?

—En presencia de testigos —contestó Almeida solemnemente.

Mientras tanto, Jock y Keddya se miraban a los ojos.

—Keddya —decía el joven—, ahora que todo ha pasado, ¿querrás acompañarme y conocer mi planeta?

Ella le tomó las manos.

—Contigo iré a donde tú quieras, amor mío.

FIN